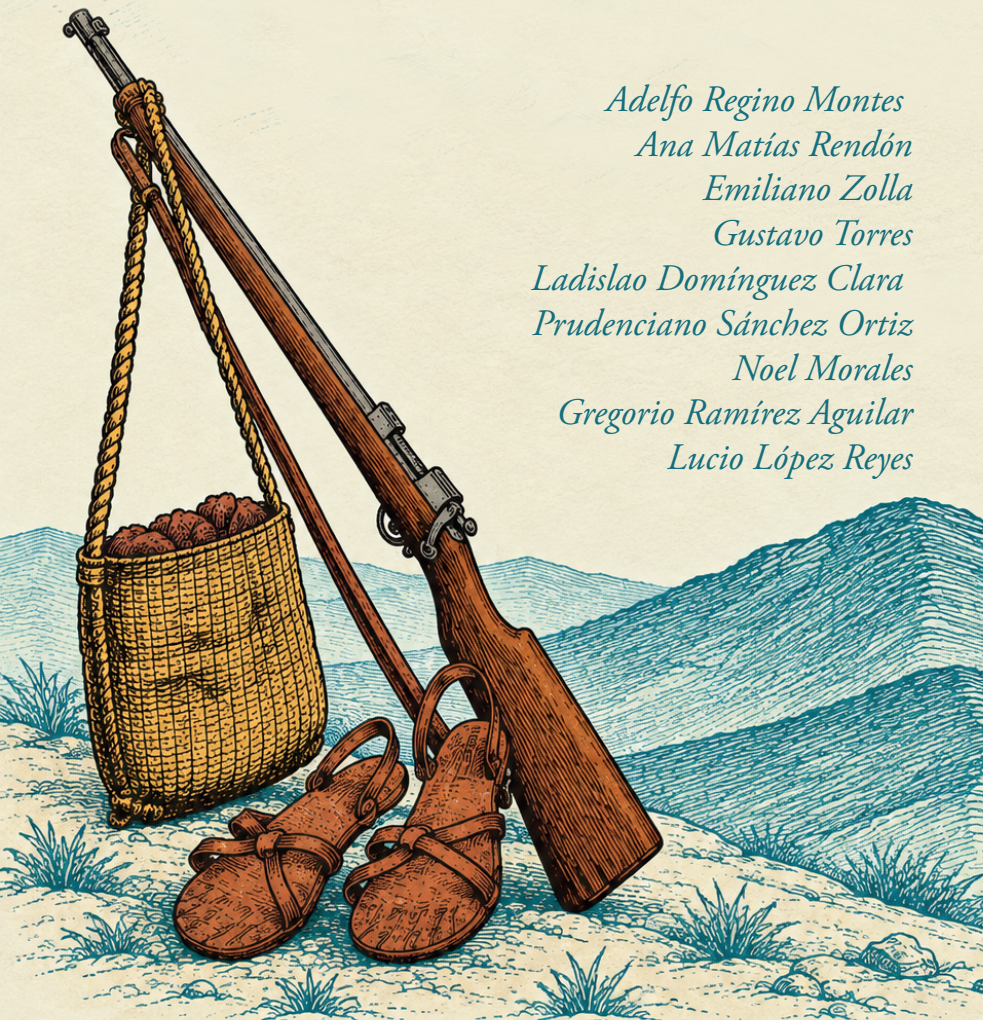
nayuujk

Diálogo en torno a Los Caciques de la Sierra, la obra de Íñigo Laviada



Adelfo Regino Montes
Ana Matías Rendón
Emiliano Zolla
Gustavo Torres
Ladislao Domínguez Clara
Prudenciano Sánchez Ortiz
Noel Morales
Gregorio Ramírez Aguilar
Lucio López Reyes

Diálogo en torno a

Los Caciques de la Sierra,
la obra de Íñigo Laviada

13 de julio de 2024

nayuujk

Nayuujk es un proyecto ciberespacial de creación y experimentación literaria y crítica enfocado al pueblo *ayuuk* y sus diásporas. Nace en enero del 2008 como un repositorio digital enfocado al pueblo *ayuuk* (mixe), un espacio para intercambiar, acceder, compartir de manera libre y colectiva los resultados de investigaciones, reflexiones comunitarias, así como de archivos históricos, sobre todo material fotográfico y audiovisual.

Actualmente, tiene los siguientes proyectos:

1) Nayuujk (nayuujk.org), un espacio de creación y experimentación literaria con publicación cuatrimestral. A través de este espacio queremos promover la narrativa y la creación de objetos culturales con una perspectiva crítica e innovadora.

2) Debates y Mesas de análisis en torno a las cuestiones históricas que atañen a la Nación Mixe: fenómenos sociales que han definido su fisonomía política, cultural y económica.

3) Editorial Nayuujk: Compartir en versión estenográfica todos y cada unos de los debates que se consideren enriquezcan el diálogo en torno a la cultura mixe.

Este colectivo está integrado por hombres y mujeres de diferentes latitudes de la Región Mixe:

Crisoforo Cardoso, Tsyop
José Guadalupe Díaz [†]
Edilberto Cardoso
Esperanza González
Félix Reyes
Félix Martínez

Nayuujk, © 2026. Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-ND 4.0). Se permite su reproducción íntegra citando la fuente.

Índice

Presentación 9
Wijtse'k-wo'onëkën: alzar la raíz de nuestra historia 11
Adelfo Regino Montes, abogado *ayuuk* de Alotepec 19
Ana Matías Rendón, filósofa *ayuuk* de Zacatepec 25
Emiliano Zolla Márquez, antropólogo *akäts* 29
Gregorio Ramírez Aguilar, ex presidente municipal de San Miguel Quetzaltepec 37
Lucio López Reyes, ex presidente municipal de Totontepec Villa de Morelos 43
Gustavo Torres Cisneros, antropólogo *akäts* 49
Prudenciano Sánchez Ortiz, ex presidente municipal de Asunción Cacalotepec 55
Noel Morales, estudiante universitario de San Cristóbal Chichicaxtepec 59
Ladislao Domínguez Clara, Pbro. de Asunción Cacalotepec 63

Presentación

El 13 de julio de 2024, al cumplirse ochenta y seis años de la fundación del Distrito Mixe, quienes formamos el *Colectivo Nayuujk* convocamos a un diálogo. La pregunta que pusimos sobre la mesa era sencilla de enunciar y difícil de abordarlo: qué ha significado para nosotros *Los Caciques de la Sierra,* el libro que Iñigo Laviada Arrigunaga publicó en 1978 tras cuatro años de recorrer nuestras comunidades, y qué habría que hacer hoy con él a 46 años de su publicación.

Respondieron nueve personas. Este libro recoge sus voces y palabras.

Abre el volumen el texto de Félix Reyes, una especie de asomo rápido a la historia, al libro y a la vida del pueblo mixe. Ahí se plantea la pregunta que atraviesa todo lo demás: por qué esta historia no la escribió un ayuuk. Y se responde desde nuestras propias nociones —el pudor de alzar la raíz de lo que ya quedó abajo, la memoria de los nahuales, la deuda que los hijos pagan por los padres, la persecución de quienes alcanzaron el *Wijën-Kajën*—. Quien quiera entender por qué durante décadas no se habló de esto en voz alta, empiece por ahí.

Siguen las nueve intervenciones, en el orden en que se dieron.

Adelfo Regino Montes, abogado *ayuuk* de Alotepec, traza la línea de tiempo del cacicazgo con precisión: el asesinato de Apolonio Sandoval en 1940, la emboscada de Cortamonte en 1945, el asalto a Alotepec en 1947, los años de Higinio Reyes, la muerte de Luis Rodríguez en 1959. Y propone leer todo eso como lección.

Ana Matías Rendón, filósofa *ayuuk* de Zacatepec, habla desde el pueblo del cacique y señala lo que el libro abrió y lo que dejó pendiente: el caciquismo como forma temprana de intermediación entre el Estado y los pueblos, y lo que vino después por esa misma puerta —las carreteras, el extractivismo, los partidos, el narcotráfico—.

Emiliano Zolla Márquez, antropólogo *akäts*, cuenta cómo llegó a la sierra buscando entender la formación del Estado posrevolucionario y encontró

lo que la gente llamaba la Guerra Mixe. Discute el libro con franqueza: lo considera un punto de partida y también un retrato maniqueo, y pide una historia necesariamente polifónica.

Gregorio Ramírez Aguilar, de San Miguel Quetzaltepec, abre en *ayuuk* y razona el problema desde la lengua: qué nombramos cuando decimos cacique, y por qué lo bueno también puede ser malo y lo malo también bueno. Cierra con la anécdota de las cincuenta monedas que se volvieron quinientas.

Lucio López Reyes, de Totontepec, encontró en la página 29 del libro el nombre de su abuelo, Juan Bautista López, de San Juan Metaltepec. A partir de esas pocas líneas reconstruye una vida entera de persecución, exilio en Yalalag y rebeldía, y reclama que también se recuerde a quienes se opusieron.

Gustavo Torres Cisneros, antropólogo *akäts*, leyó el libro en 1990, en Alotepec, en una fotocopia. Aporta el dato de que la obra fue retirada y desaparecida, discute el carácter de reportaje y de denuncia que el propio Laviada le dio, y propone una edición facsimilar.

Prudencio Sánchez Ortiz, de Asunción Cacalotepec, habla desde el archivo municipal y desde los cargos que ejerció. Su intervención recupera hechos poco conocidos: un tercer cacicazgo en Juquila, la división de su pueblo en dos mitades enfrentadas, la separación de San Isidro Huayapan. Y cierra con el presente de los municipios.

Noel Morales, de San Cristóbal Chichicaxtepec, trae una memoria distinta: en su comunidad los abuelos no recuerdan emboscadas sino obligaciones —bandas que debían ir a tocar, bailables que había que ensayar, un maestro amparado por Zacatepec—.

Ladislao Domínguez Clara, de Asunción Cacalotepec, nació en 1956, cuando todavía duraba la guerra, y compró el libro en 1980 en una proveedora escolar de Oaxaca. Sitúa el caciquismo en una historia larga, que para él arranca en la Colonia y no ha terminado.

Dos advertencias antes de entrar.

La primera es que aquella tarde se habló de reeditar el libro de Laviada, y hubo acuerdo en que valdría la pena. Hasta hoy no ha ocurrido. Dejamos constancia del deseo porque forma parte de lo que se dijo, pero este libro no es la antesala de nada: vale por sí mismo. Si algún día se reedita, mejor. Si no, queda esto.

La segunda es que aquí no hay una sola versión. Hay nueve, y en varios puntos se contradicen. Preferimos publicarlas así, con sus desacuerdos a la vista, porque esa es la forma que tiene nuestra historia y porque ya hubo quien quiso, en otro tiempo, que hubiera una sola voz.

Nayuujk, septiembre 2026.

Wijtse'k-wo'onëkën: alzar la raíz de nuestra historia

Por Félix Reyes

A finales de los años setenta, Iñigo Laviada Arrigunaga escribió el libro Los Caciques de la Sierra. Un estudio así pudo haberlo escrito un *ayuuk jä'äy*; sin embargo, hasta la fecha no ha sido así: no existe un estudio profundo ni arqueológico hecho por alguien de nuestro pueblo, como el que hizo Laviada. Y la explicación es bastante sencilla: cunde todavía el rubor al tratar este tipo de temas, y no es cosa minúscula; es, como dicen los ancianos, involucrarse en un pasado bastante doloroso como a la vez vergonzoso, ya que se trata de *wijtse'ky-wo'onëky ja aamy-patkë'pyëtë,* de alzar, de remover la raíz de nuestra historia, lo que ya quedó abajo, lo cual implica desenterrar aquello que ya hemos superado a duras penas. Y, ¿cómo no turbarnos, si desde niños se nos ha inculcado que no se debe hablar a las espaldas de los muertos de lo bien o mal que hicieron en vida, ya que, al hacerlo, es ponerles obstáculos en su camino al más allá: *kyaj yäjktukjëkäjpx-yäjktukpaakäjpxtëty wi'ix ti jyiky'attë yää koni'kyxypyoopnääxwiiny?* Y es que esto es sumamente importante entre los mixes, porque de lo contrario, los difuntos no se van a Jatuk it, el inframundo, sino que se quedan penando aquí, en *Tuk it,* entre los vivos. Y es cuando se dice que *'yijxe'ktë-wo'one'ktë,* alzan la vista, se arrancan de la tierra, y, de repente, sentimos su presencia, y nos causan daños.

Un segundo factor es que, al filo de los acontecimientos de aquellos infaustos días, hay nombres de abuelos, de familiares, de pueblos y comunidades que sufrieron y perecieron en carne propia las más crueles infamias, así como tambien apellidos y motes de parientes, algunos bastantes muy cercanos que, haciendo caso omiso de las leyes divinas, se envalentonaron y recurrieron a sus más crueles instintos criminales; personas mixes, si es que se les puede llamar personas, que ejercieron la más cruel de las violencias hacia quienes debieron de ver y tratar como hermanos, venadeándolos en los recodos de los caminos, entre las ramas, entre las ranuras de las rocas, por los recovecos de la montaña, echados cual fieras entre los pastizales bajos los

incólumes ocotales, dispuestos a hacer rugir ese máuser de culata oscura, con el cerrojo brilloso, plateado, pesado, recién aceitado y con el seguro abierto, provocando que en la huida las víctimas fueran dejando retales de piel entre los espinos, sobre las piedras filosas y bajo las ramas molestas de los arbustos, con el rostro invadido de terror remontando cuestas y descolgando bajadas, enbraveciendo con estas infamias a los *tsuu-tso'ok,* nuestros divinos nahuales, para que, a través de dichas acciones, terminaran definiendo a la posterior la descendencia de aquellos malos hombres, ya que en el pensamiento ancestral ayuuk todos aquellos hijos y nietos que están por venir, *u'unk ë'nä'k mëti'ipë minääntëp-jä'tääntëpnëm*, no vienen sino condicionados por todo lo aquello que hacen y dicen sus padres y madres, sus abuelos y abuelas: el destino, el cual, desde entonces, ya está escrito, cebando así su venganza o acariciando su recompensa sobre las tiernas carnes de los hijos y nietos: *u'unk-ënä'k tii kyoopejtypy koo ja teety-tääk kyamaata'aky.*

¿Cuántas veces ha sucedido en las comunidades mixes que, de repente, alguien manifieste extraños padecimientos o haya muertos prematuros dentro de ciertas familias, y venga la *xëëmaapyë*, la sacerdotisa *ayuuk*, y consultando a los hongos sagrados diga que ese mal se debe a ciertas barbaries cometidas por los progenitores en los tiempos de *Tety Libiis Rodríguëz?* ¡Los nahuales mixes tienen memoria! Por eso, en casi todas las comunidades mixes, se sabe a ciega cierta el por qué suceden extrañas cosas en conocidas familias.

Y, por último, un tercer factor, ¿cómo podría escribirse la historia del cacicazgo de los Rodríguez, que van de los años 1938 hasta 1998, si una de sus recurrentes acciones fue la de coaccionar a todos aquellos que repuntaron en cada una de sus comunidades por su intelectualidad? Por eso contrasta bastante el concepto *Wijën Kajën* con el de *Jëëkoopë-Patkoopë*, la adulación, a la hora de definir la responsabilidad de cada uno de los que participaron de manera directa en la definición de aquellos tiempos. Según los abuelos, el más alto concepto del despertar de la conciencia es el *Wijën-Kajën*, herramienta concreta y no metafísica, que sirve para desamarrar y comprender toda realidad; noción que va más allá del mero ámbito formativo, incluso del *Ixpekyjya'ay,* estudios académicos, cuya sapiencia se obtenga de la lectura de las obras clásicas del pensamiento occidental, *Wijën-Kajën* es un designio de la vida cuya esencia es delatora, por eso, a través de los siglos, ser *Wijy-Këjy,* despierto, desenvuelto el corazón y el pensamiento, siempre ha sido sinónimo de condena: los tiranos odian a los despiertos y desenvueltos, justamente porque son libres y les molesta el sojuzgamiento, en sus diferentes manifestaciones. Y, a pesar de que la libertad y el despertar de la consciencia implica una noción y construcción colectiva, siempre ha sido privilegio de unos cuántos, y cuando estos perecen por este hecho, sirven de ejemplo a los otros por si

quisieran atreverse a desamarrar el estado de cosas en la que se encuentran. No en vano Luis Rodríguez se esmeró en cooptar a todos aquellos que sabían leer y escribir, poniéndolos a su servicio y, quienes se le resistieron, como fue el caso del maestro Apolonio Sandoval Gamboa, terminaron detenidos, torturados y desaparecidos. Es así, pues, cómo de repente, toda manifestación intelectual comenzó a confundirse con los *tsuutëjkëty,* aquellos quienes viven en la oscuridad: data pues, de aquellos tiempos en que toda inteligencia *ayuuk* se volviera una exposición peligrosa. Siendo así, ¿cómo iba a atreverse alguien a denunciar aquellos actos que estaba cometiendo don Luis?

Eso fue, pues, lo que marcó la diferencia de que un *akäts*, persona venida de la ciudad, como Iñigo Laviada Arrigunaga, tuviera menos dificultad a la hora de moverse por toda la región, estando sitiados todos los caminos, ya fueran reales o veredas, con los municipios controlados, infestadas las convivencias familiares y comunitarias de delatores y traidores.

Y, ¿cómo es que pudo escribir un libro sobre uno de los cacicazgos más despiadados que haya habido en el estado de Oaxaca, y también en el país? ¿Acaso no sintió, en algún momento, peligrar su seguridad cabalgando en las entrañas de la sierra, lejos del mundo que él conocía? Todavía conociendo los riesgos, se animó a confesar lo siguiente:

> El espionaje y la delación están en todas partes. Hay tantos espías y delatores como habitantes. Todos se vigilan entre sí y corren a denunciar cualquier novedad. El resultado es un clima intolerable de vileza, hipocresía, recelo, adulación y corrupción. (Pág. 14).

Ciudadano del mundo, grandulón que medía casi dos metros, güero, de risa escandalosa y distraído ¿qué impresión habrá dado en su momento entre nuestros paisanos mixes?

A él debemos los mixes de que se plasmara en un libro las injusticias de aquellos tiempos; con una investigación exhaustiva, fue recogiendo en casi todas las comunidades mixes testimonios, yéndose hasta el más apartado rincón en busca de información, entrevistando a víctimas y victimarios para que pudiera comprenderse aquel fenómeno desde todas sus aristas, sumergiéndose en los periódicos, archivos, libros, visitando a los que algo sabían en sus casas, en sus celdas, en sus camas de enfermos, en los espacios donde hacían investigación, salirse de la región y meterse en otra para enterarse de lo que se decían de los mixes y de Luis Rodríguez Jacob. Y lo más interesante, que lo hizo cuando el asunto todavía estaba caliente.

Invitado por su hermana Beatríz Laviada Arrigunaga, de la orden religiosa "Las hijas de la caridad", en ese entonces asentadas en Alotepec, para

que conociera la región, Iñigo llega a estas tierras sin el menor afán de involucrarse en los asuntos de los anfitriones, sin embargo, su destino se ligaría con el de los mixes cuando decidió poner a un lado su indiferencia y meterse de ello a conocer una porción del país donde él vivía. Así lo contó:

> Por andariego y aventurero he visitado muchos de los lugares más apartados e inaccesibles del territorio mexicano, hospedándome en las casas de los campesinos, en los curatos, en escuelas y alcaldías. Por la convivencia he ganado amistades y oído centenares de anécdotas rurales; pero la fortuna me libró de recibir denuncias de crímenes con la solicitud de publicarlos, hasta que topé con Florentino, en la explanada del templo de Alotepec mixe, asentado sobre una cornisa escarpada, cerca de la cumbre del cerro de la Malinche.

El día primero de enero de 1975 contemplaba el extenso panorama de picos y barrancas a mis pies, descansando de la agotadora caminata de dos días con ascensos y descensos de mil metros, cuando se presentó Florentino y me embarcó en la aventura de investigar los hechos de esta siniestra y fascinante historia. He aquí la denuncia de Florentino:

> Aquí no hay justicia para los pobres. Un tirano mata y roba a los pobres y éstos son acusados de homicidio y perseguidos por la policía, agentes del ministerio público y jueces al servicio del cacique, única persona de la sierra que es oída por los gobiernos del Estado y Federal. Todos los mixes pobres han caído una o varias veces presos en las cárceles del cacique, quien los libera si le pagan rescate. Algunos presos reciben el importe del rescate en préstamo del propio cacique o su familia y lo tienen que pagar luego, al doble, con su cosecha de café y, si no tienen, con su trabajo de esclavos, sin retribución, por varios años. Decenas de miles de mixes pagan tributo al cacique (pág. 7).

Florentino no es sino el seudónimo de Juventino Emeterio Lara, un comunero que todavía vive en Alotepec. ¿Qué nahual tendría Florentino, que confiando a ciegas en un hombre blanco, hablante nativo del castellano, cuando en Zacatepec, sede del Distrito Mixe, llegaban de a montones para participar de las adulaciones que les rendía el propio cacique de la sierra, se animara a decirle semejante verdad, pesando sobre su cabeza órdenes de aprehensión y siendo vigilado día y noche por los agentes secretos al servicio de los Rodríguez? ¿Qué nahual habrá despertado Florentino en Iñigo Laviada que, de inmediato, hicieron causa común, involucrando a este güero bonachón

en uno de los frentes de batalla que en ese entonces era sumamente difícil de imaginar: la de la denuncia escrita y bien documentada, que tirara más allá de donde llegaban los plomazos y la lengua larga y venenosa del opresor, es decir, que contara la otra historia, no sólo la de un pueblo sino de toda la región, esa que venía de las miles de víctimas que pueblan esta zona montañosa de Oaxaca, y se escuchara su rugir, cual disparo de máuser, retumbando más allá de las generaciones mixes, *nii'äp-nii'ok?*

¡Sin duda alguna, todas y todos los *ayuuk jä'äy* debemos algo a Florentino por haberse atrevido ese día a expresar lo indecible, aun a costa de su vida!

Según las y los ancianos de Alotepec, el destino de Iñigo Laviada con estas tierras había sido determinado por los seres divinos desde mucho antes de que topara con Florentino. Y había sido, precisamente, aquella noche del 31 de diciembre de 1974, durante sus primeras horas de haber arribado al pueblo, cuando presenció un ritual de despedida y recibimiento de año. Él mismo lo cuenta así:

> Uno de los gallos decapitados en los sacrificios de la noche de año nuevo, después de caído se irguió, dio dos pasos con el pescuezo cercenado y cayó de nuevo. Dicen que un viejo interpretó un anuncio de calamidades: otra invasión de los Rodríguez. (pág. 9)

Quienes estuvieron ahí, en esa ceremonia, cuentan lo que en realidad sucedió: uno de los gallos sacrificados, después de revolcarse alocadamente sin su cabeza, terminó recostándose resignadamente y en paz de manera horizontal, con el cuerpo cercenado apuntando hacia aquel güero recién llegado a la comunidad: los nahuales y las divinidades *ayuuk* lo habían predestinado a asumir una gran tarea. Y de eso se dio cuenta el propio escritor, por eso, cuando definió lo que significaba para él escribir *Los Caciques de la Sierra*, no solamente planteó en la oración la palabra siniestra, sino que todavía se atrevió a completar aquella frase con la palabra fascinante: hechos de esta siniestra y fascinante historia.

Publicado el 19 de enero de 1978 por la editorial JUS, después de cuatro años de andanzas en el territorio mixe, haciendo labor de investigación a través de entrevistas y pláticas informales, Los Caciques de la Sierra se volvió libro obligado para los *ayuuk jä'äy*, el cual no solamente nos ayudaría a descifrar las causas que originaron el fenómeno del caciquismo en la sierra, sino, y sobre todo, a comprender una parte toral de la cultura política mixe durante los últimos tres cuartos del siglo XX; incluso, cuentan nuestros padres, que este libro llegó a servir de base en algún momento de los años noventa, a raíz del levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional

(EZLN), cuando grupos subversivos intentaron crear focos guerrilleros en la Sierra Mixe, basándose en las historias de resistencia de las comunidades ahí relatadas, para saber y entender con qué pueblos era posible crear vasos de comunicación y, posteriormente, erigir bases de operaciones, ya que éstos tenían experiencia en retar al Estado mexicano, ya que habían sabido batirse cuerpo a cuerpo con las fuerzas policiacas y soldados de la XXVIII Zona Militar, saliendo airosos los mixes, reivindicando así, una vez más, la fama de jamás conquistados.

El 13 de julio de 2024, por motivo de los ochenta y seis años de la fundación del Distrito Mixe, y en consecuencia, a cuarenta y seis de aquella primera y única edición de *Los Caciques de la Sierra*, un grupo de hombres y mujeres mixes, integrantes del *Colectivo Nayuujk*, convocamos a varias personalidades, hombres y mujeres de varios municipios mixes, para que dieran su palabra respecto a la importancia, vigencia y la necesidad de una reedición del libro de Iñigo Laviada, participando en ese diálogo Adelfo Regino Montes, de Santa María Alotepec; Ana Matías Rendón, de Santiago Zacatepec; Ladislao Domínguez Clara y Prudenciano Sanchez Ortiz, ambos de Asunción Cacalotepec; Noel Morales, de San Cristobal Chichicaxtepec; Gregorio Ramírez Aguilar, de San Miguel Quetzaltepec y Lucio López Reyes, de Totontepec Villa de Morelos. Como investigadores *akäts*, compartieron su palabra los doctores Gustavo Torres Cisneros y Emiliano Zolla Márquez.

Ahí se dijo, y hubo acuerdo en ello, que el libro bien merecería una nueva edición, pues, aquellas injusticias que Iñigo denunció en su obra, la colusión criminal de los tres niveles de gobierno con los caciques regionales, resultaron ser las mismas que terminaron por arrinconar al libro donde no pudiera ser leído, distribuido y mucho menos reeditado, desapareciendo el texto en físico, sobreviviendo a duras penas a través de un par de copias fotostáticas, mismas que tomaron aliento una vez que las nuevas generaciones se interesaron en ellas y fueran escaneadas, guardadas en archivos pdf y después compartidas por correos electrónicos, messenger, whatsapp, google drive, etc. Muchos de quienes participaron en este diálogo conocieron la obra de esa manera. Fueron, pues, durante muchas décadas, esas hojas sueltas como aquel ladrillo del que hablaba el poeta Bertolt Brecht: “Me parezco al que llevaba el ladrillo consigo para mostrar al mundo cómo era su casa”, así con aquellas hojas sueltas de los *Los Caciques de la Sierra* guardaban los mixes un testimonio que haría estremecer a sus hijos y nietos.

Dejamos pues, a la disposición del público aquellas participaciones de aquel encuentro, de cuyo valor no solamente es histórico, sino crítico, que puede sentar nuevas bases para leer y comprender el libro desde una óptica

más objetiva, comparada y contextualizada. Y si, en *Nayuujk* tenemos esperanzas de que el libro vuelva a ser reeditada y distribuida en todas las bibliotecas públicas de la región, así como ser un texto obligado en las diferentes instituciones de educación media superior y superior.

Quienes quieran ver y escuchar aquel diálogo completo, lo pueden encontrar en el siguiente enlace a YouTube:

https://youtu.be/oSa_sY9f00I

Adelfo Regino Montes, abogado *ayuuk* de Alotepec

Muy buenas tardes, hermanas y hermanos. Quiero agradecer a *Nayuujk*, la organización que ha presentado Félix y que hemos escuchado de Esperanza y Crisóforo. Me da mucha alegría que nos convoquen esta tarde para reflexionar —como lo han dicho ustedes— sobre un tema importante en la historia de nuestro pueblo, del pueblo *ayuuk*, que es, en efecto, este libro que publicó el abogado Íñigo Laviada, denominado Los Caciques de la Sierra.

Como lo dice Crisóforo, un libro publicado el 19 de enero de 1978 por la editorial Jus, después de 4 años de investigación, de entrevistas, de recorridos en territorio mixe. Yo quisiera recordar esto: Íñigo Laviada, siendo profesor de la Escuela Libre de Derecho, daba la cátedra de Historia del Derecho y también era periodista. Él escribía en el periódico El Excélsior y en el Diario de Yucatán; una de sus aficiones, como él mismo lo dice, era visitar, recorrer el país. En ese entonces, a fines de la década de los sesenta y a principios de la década de los setenta, llega a Alotepec una congregación de hermanas religiosas, Las Hijas de la Caridad. Ellas llegan en el contexto, digamos, poscaciquil. En ese grupo de religiosas viene Beatriz Laviada, que es la hermana de Íñigo. Es Beatriz, sor Beatriz, quien invita a su hermano Íñigo Laviada a que conozca la Región Mixe, a que conozca al pueblo de Alotepec.

Yo creo que no fue una invitación inocente; creo que fue una invitación bien pensada, porque si alguien había escuchado las atrocidades que dejó el cacicazgo en la Región Mixe, particularmente en Alotepec, eran ellas, Las Hijas de la Caridad.

Yo recuerdo, porque conviví con ellas durante mi niñez en el curato de Alotepec, en el atrio de Alotepec, en los recorridos, en la fundación de las Comunidades Eclesiales de Base; porque también hay que decir eso: ellas fundaron las primeras CEPS (Comisión Episcopal para la Pastoral Social - Cáritas Mexicana) en la Región Mixe y en el estado de Oaxaca.

Seguramente las religiosas escucharon estas narraciones-denuncias que tenían los habitantes de Alotepec, y creo que con ese propósito Sor Beatríz invita a su hermano, quien llega —como él mismo lo relata— el último día del mes de diciembre del año de 1974 en Alotepec, y hace su primera entrevista el día primero de enero de 1975, con Florentino. En realidad, "Florentino" no es sino el seudónimo de, —yo creo que ahora lo podemos decir con mucho respeto y nostalgia— de don Juventino Emeterio, una persona que no solo participó, sino que es testigo directo de muchos de los acontecimientos que expone don Íñigo Laviada en su texto.

Lo primero que hay que entender es que el momento en que escribe Íñigo este libro, el contexto en aquel entonces —estamos hablando de 1975— es ya el declive del cacicazgo de Luis Rodríguez. Si bien es cierto que sus parientes, Guillermo Rodríguez, Antonino y Lucio Rodríguez, se habían quedado con el control político y económico, particularmente en Zacatepec, este ya no tenía la influencia y la profundidad que lamentablemente tuvo desde el año de 1938, fecha en que se fundó el distrito judicial y rentístico Mixe. Ese es el contexto; y también estamos en un momento en el que las comunidades mixes están recuperando su autonomía, están recuperando el control a través de sus asambleas, a través de su propio sistema político y económico. Ese es el momento en el que Íñigo Laviada escribe este importante texto.

Ahora bien, una pregunta que habría que hacerse es qué implicaciones tuvo este texto, que a mi juicio tiene dos vertientes fundamentales. Por un lado, una parte del libro es un conjunto de denuncias desde lo que expone don Juventino Emeterio; pero Íñigo hace un conjunto de visitas a la Región Mixe —y no solo en la Región Mixe, sino también en Oaxaca, donde, por cierto, entrevista en la cárcel a José Isabel Reyes, de Ocotepec, Mixe— y en la Ciudad de México, donde, por ejemplo, entrevista al finado hijo de don Apolonio Sandoval, a don Enrique Sandoval, en Ciudad Nezahualcóyotl, donde actualmente su hijo Filadelfo tiene su domicilio.

Entonces, Íñigo Laviada escucha las denuncias de los habitantes mixes. Y lo que hay que destacar —siendo abogado, tomando en cuenta el principio de audiencia— es que él no sólo escucha a quienes demandan, a quienes cuestionan a Luis Rodríguez Jacob, sino que también escucha la versión de quienes hablan a favor de Luis Rodríguez Jacob, como es el caso del testimonio de Sadot Garcés o de los funcionarios de la comisión del Papaloapan. Incluso, el propio Íñigo hace esta descripción tan interesante de cómo en dos ocasiones intenta entrar a Zacatepec: en la primera ocasión lo intenta, pero no llega, tienen que regresar y aterrizan en San José del Paraíso. (Bueno, quien conoce la Región Mixe —muchos de los que estamos aquí en este diálogo— sabemos la distancia que hay entre Zacatepec y San José del Paraíso: estamos hablando

de por lo menos dos días de camino; en avioneta serán 30 o 40 minutos, pero dos días de camino. Esa era la distancia en la que se encontró en la primera ocasión don Íñigo Laviada en su primer intento para entrar a Zacatepec, Mixe). En su segundo intento, entra a la comunidad de Zacatepec, pero lamentablemente no se encuentra con quienes detentaban en ese momento el poder político y económico.

Entonces, este es también un dato muy interesante de este libro, porque no solo vamos a escuchar los testimonios que cuestionan, que critican a Luis Rodríguez, sino también hay testimonios que lo favorecen, incluidos sus dos hijos, como es el caso de Mauro y Mario Rodríguez, quienes, de una manera peyorativa les llama "los hijos del rey *Kondoy*".

Y el otro dato —porque muchos nos preguntamos qué es el pueblo Mixe, qué es la nación Mixe— nos lo vamos a encontrar en este libro, particularmente en la página 159, donde habla de la ignota Sierra Mixe, la nación Mixe, sus montañas y pueblos; y un texto muy interesante que hay que leer con mucho detenimiento, que está en la página 175, que se llama "Instituciones, costumbres y ritos de los Mixes". Hace un rato decía Crisóforo que Walter Miller había estado en Camotlán, también por este tiempo, en Juquila, en Mazatlán; Salomón Nahmad, en la década de los sesenta, hizo su tesis sobre el pueblo Mixe, particularmente en la parte alta: Ayutla, Tamazulapan, Tlahuitoltepec; fundamentalmente es donde entra el doctor Salomón Nahmad. Y el caso de Zuko Kuroda, que también hace su libro en Ayutla y Tlahuitoltepec. Bueno, son algunos de los escritos que se dan en esta época; pero la descripción que hace Íñigo Laviada del pueblo Mixe, de sus instituciones, es realmente sorprendente, porque además lo hace con anécdotas, con entrevistas y con ciertas peculiaridades que hablan de su autenticidad.

Entonces, creo que esa es la doble dimensión del texto que tenemos a la vista: es cómo quitar un velo, porque en ese momento el pueblo Mixe era nota roja, y creo que las denuncias sin duda lo constatan; pero también el pueblo Mixe es grandeza cultural, es democracia comunitaria, es riqueza en toda la extensión de la palabra, y eso es algo que vamos a encontrar en este libro de Los Caciques de la Sierra.

La otra cuestión que yo quisiera destacar rápidamente es la línea de tiempo, porque una pregunta que ustedes nos hacen en la convocatoria es qué implicaciones tuvo la creación del distrito Mixe, que creo que es parte de lo que describe con mucha nitidez Íñigo Laviada. La creación del distrito Mixe se da el 01 de julio de 1936. Pienso yo que es una buena iniciativa del general Lázaro Cárdenas del Río, quien en ese momento era el presidente de México. Lázaro Cárdenas entra en 1934 y sale en 1940. Entonces, cuando se da la creación del distrito Mixe, estamos en el gobierno del general Cárdenas

y en Oaxaca está el gobernador Constantino Chapital. De modo que es una buena idea, pero viene la disputa natural entre dos líderes: Daniel Martínez, de Ayutla Mixe, quien por cierto había sido el maestro, el que guió a Luis Rodríguez, y desde luego el alumno, Luis Rodríguez.

Como todos sabemos, Luis Rodríguez manda a asesinar a Daniel Martínez a través de José Isabel Reyes, y así es como logra que la capital del distrito Mixe sea en Zacatepec. Desde luego, hay un periodo —por lo menos la línea de tiempo que traza don Juventino Emeterio es muy interesante— porque estamos hablando de 23 años, desde el 01 de julio de 1936 a septiembre de 1959, que es cuando muere Luis Rodríguez Jacob. En esos 23 años, en el caso de Alotepec, hay por lo menos cuatro momentos muy importantes. El primero de ellos, en 1940, es el asesinato de Apolonio Sandoval; creo que este es un dato que no hay que olvidar en la historia del pueblo Mixe, porque además Apolonio tiene a su favor que no era Mixe. Él era zapoteco, en todo caso, de Villa Alta, profesor de educación primaria, que había llegado a trabajar a Ayacaxtepec, a Cotzocón, y que finalmente se quedó a vivir en Alotepec porque se casó con una mujer de ese pueblo. Había sido secretario municipal, había sido presidente municipal; era un tipo inteligente. Dice Walter Miller: "el mejor, buenísimo, el mejor de la sierra"; así lo califica, quien lo había conocido justamente en Alotepec. Ese es el primer acontecimiento dramático, y Luis Rodríguez manda a matar a Apolonio Sandoval porque tenía relaciones con Daniel Martínez, con el gobernador de Oaxaca, pero además era un crítico de que se hubiera establecido el distrito Mixe en Zacatepec; era un crítico de Luis Rodríguez, y por lo tanto las órdenes que enviaba a Alotepec simplemente no se cumplían, y buscaron el pretexto para matarlo. Esto en Alotepec me lo comentó don Tiburcio Felipe; él dice que era mayor de vara cuando ocurrió este lamentable acontecimiento. Cuenta cómo torturaron y cómo mataron a don Apolonio Sandoval, pretextando que uno de sus hijos no había ido a prestar un tequio. Bueno, pues una cuestión que habrá que seguir profundizando.

El otro momento es en 1945, cuando una comitiva de la autoridad municipal de Alotepec venía regresando de Oaxaca, encabezada por don Ismael Cándido, que era el presidente municipal, y su cabildo, y son acribillados en el paraje Cortamonte. Ese es un hecho muy trágico: mueren seis integrantes del cabildo de Alotepec en Cortamonte, asesinados por los sicarios de Luis Rodríguez. Este es un hecho que consternó al pueblo de Alotepec.

El otro momento, que también es clave en la historia de la resistencia y del cacicazgo, es en 1947, cuando Luis Rodríguez y sus pistoleros toman por asalto a Alotepec; es en ese momento cuando asesinan a don Hermenegildo Reyes y a muchos de sus familiares. Don Juventino Emeterio habla de que ese día hay por lo menos 12 muertos del lado de Alotepec. No está muy claro

si hubo muertos o heridos del lado de los asaltantes, en este caso de la gente de Luis Rodríguez; no está claro porque no se contó o se ocultó, pero lo que sí está claro es el número de muertos en octubre de 1947 en Alotepec, Mixe.

Y luego vienen 12 años —de 1947 a 1959—: 12 años de predominio del cacicazgo en Alotepec, a través de un personaje que describe también Íñigo Laviada, Higinio Reyes, que fue secretario municipal durante ese tiempo y que detentó el poder político cumpliendo las instrucciones de Luis Rodríguez Jacob, hasta 1959, que es cuando ya se da la rebeldía.

Creo que hay dos acontecimientos muy importantes en este año: por un lado, cuando el pueblo se revela, con la lamentable consecuencia del fallecimiento de Higinio Reyes y de su hijo Alberto Reyes; y un segundo momento, cuando hay un enfrentamiento entre pobladores de Alotepec y de otros pueblos circunvecinos con la policía estatal y presumiblemente con el ejército. Entonces, son dos acontecimientos muy importantes que se cierran en septiembre con la muerte de Luis Rodríguez en la ciudad de Oaxaca de Juárez. Se cuenta que comió en exceso barbacoa —así lo relata Íñigo Laviada—, que esto le provoca una enfermedad; toma una avioneta de Zacatepec a la ciudad de Oaxaca de Juárez y ahí falleció en ese año.

Estamos hablando de 23 años; en una síntesis rápida, en Alotepec, estamos hablando de muchos muertos, de muchas viudas, de muchos huérfanos, de una historia que nos conmueve a todos y que está muy bien descrita por Íñigo Laviada.

Finalmente, yo quisiera —para no extenderme mucho, aunque ya me extendí un poco— señalar las lecciones de la historia, que creo que es importante. Después, en la era poscaciquil, desde luego viene una etapa de reconstrucción de los pueblos. He visto que, después de más de cinco décadas, se ha alcanzado la paz, el entendimiento entre los pueblos. Estamos en una situación totalmente distinta a aquellos tiempos; si algo aprendimos los mixes, es que nada se va a resolver por la vía de la confrontación y la violencia. Ese es un aprendizaje muy importante.

Y el otro aprendizaje es la fuerza de la organización comunitaria, de la autonomía de los pueblos. En el fondo, si algo reclamaban los habitantes de Alotepec y de otros pueblos que se resistieron, era que se respetara su autonomía, sus normas, sus costumbres, su sistema de asambleas, su sistema de cargos. En el fondo, ese era el sentido de la resistencia, y es algo que afortunadamente hemos visto en los últimos tiempos.

Sin ignorar, desde luego, que hay grupos, que hay partidos que han intentado desestabilizar la unidad, la paz y la tranquilidad de los pueblos, como sucedió en Zacatepec a fines del siglo pasado, en 1998, o como sucedió en Ayutla ese mismo año, o como ha ocurrido en otros pueblos, donde no se ha

logrado entender la importancia de la unidad, la armonía y el respeto entre la ciudadanía, así como el respeto a la autonomía de los pueblos. Creo que esa es una lección muy importante que describe y que nos da este libro. Porque no hay que olvidar que, al final del día, de lo que se trata —lo que trata de provocar Íñigo Laviada, y lo dice en su introducción— es que "todos somos responsables". Y es cierto: al final del día no se puede poner el dedo índice sobre una persona o sobre una comunidad, pero sí se puede asumir una responsabilidad colectiva para decir que lo que pasó es una cuestión que debe reflexionarse, analizarse y, sobre todo, tomarse como una importante lección hacia el futuro. Creo que ese es el mensaje que nos da este libro.

Y por eso tenemos que agradecer mucho a Íñigo Laviada por este importante esfuerzo que hizo para construir, para elaborar este libro; agradecer a su hermana Beatriz Laviada, que fue quien lo trajo a Alotepec, y a toda la Región Mixe; y desde luego, agradecer a todas las personas de buena voluntad que colaboraron en su elaboración.

Yo quisiera finalizar diciendo: Félix, Crisóforo, Esperanza, compañeras y compañeros, que un buen esfuerzo que tenemos que hacer quienes estamos participando en este diálogo es intentar que se vuelva a editar este libro. Yo creo que es de lectura obligada para la niñez, para la juventud, porque no hay que olvidar el epitafio que dice que el pueblo que olvida su historia está condenado a repetirla. Y creo que los mixes no nos merecemos una historia de violencia y de tragedias como las que se cuentan en Los Caciques de la Sierra; nos merecemos una oportunidad de paz, de armonía, de entendimiento entre nosotros, porque somos portadores de una gran cultura. Nuestra riqueza está en la organización social comunitaria, y eso es lo que tenemos que heredar a las futuras generaciones; sobre todo, la importancia de la unidad del pueblo mixe: eso es fundamental.

De nada sirve que una comunidad crezca por sí sola; lo más importante es que las comunidades mixes se hermanen a través de su música, de su cultura, de su organización; que realmente cumplamos con este sueño de nuestro padre y señor *Kontoy*: la unidad, la ansiada unidad del pueblo Mixe. Creo que, a mi juicio, en el fondo es lo que transmite, lo que captó muy bien Íñigo Laviada, y eso es lo que tenemos que transmitir a las futuras generaciones.

Ana Matías Rendón, filósofa ayuuk de Zacatepec

Sí, el texto nos proporciona una información que ha venido influyendo en las investigaciones posteriores. Hay que recordar que el escrito es de finales de los setenta; fue publicado en 1978. Tiene también, por supuesto, algunas cuestiones propias de su época: esto del exceso de adjetivación sobre la pobreza de los pueblos, esta mirada que va en una inclinación, está ahí. Pero, a final de cuentas, su valor es tremendísimo.

Dado el contexto de ese momento y también las producciones que se habían estado dando, me parece que es quizá de las mejores investigaciones. Sin hacer menos al resto, pero se entiende que los estudios sobre esta región han sido un tanto menoscabados, pero también con muchas erratas, sobre todo los estudios culturales y antropológicos.

Este libro ha ido retomando con sumo cuidado las entrevistas; eso es realmente un valor único, el modo en cómo fue haciendo su investigación. Me parece también bellísima la forma en cómo se investiga el pueblo de Alotepec.

Cierto que está ahí, en el trasfondo, Zacatepec, y por obvias razones, por el asunto de Luis Rodríguez. Pero, por lo menos a quienes no somos de este pueblo, nos permite acercarnos, nos permite conocer con más cuidado la forma en cómo vivieron este hecho. Digo, ya de por sí, un periodo cruento, un periodo cruel. Digo, yo soy de Zacatepec, o sea, pero también me permite esa otra mirada, ¿no? La mirada de quienes lo sufrieron.

En Zacatepec, por supuesto, no todos estaban de acuerdo con el cacicazgo. Vi pasar un par de líneas, por supuesto, acerca de la oposición de algunas personas en Zacatepec que Íñigo retoma. Por supuesto, son líneas adyacentes; no profundizó en ello, no era tampoco su intención, y tampoco es algo que le pudiéramos exigir, para nada, porque sigue justamente la línea de Alotepec.

Entonces, esto que nos deja de primera mano en su reconstrucción de lo que le van contando —incluso en ocasiones, él señala que no hay como si

tuviera en ese momento una grabadora—, es decir, las conversaciones se van dando de manera intimista, y eso es preciosísimo, porque es ahí, en la confianza, cuando se puede acercar más justamente a los relatos vivenciales. No hay intenciones exageradas de parte de los entrevistados, sino más que la de contar aquello que ellos vivieron.

Eso por un lado. Me parece también sumamente interesante, por supuesto, ya a una distancia mayor, el ejercicio que tenemos que hacer para hacer la reflexión escrita, porque la reflexión oral está, por supuesto, en los pueblos.

Ahora bien, hay muchísimo que seguir analizando de los cacicazgos. De Daniel como el de Luis, como el que ha habido en otros pueblos de la misma región. Importantísimo, sí, porque aunque ya hayan cambiado la época, aunque ya estamos frente a otras situaciones, sigue habiendo, por supuesto, ciertos procesos que se manifiestan. El caciquismo, por supuesto, nos dejó ahí una apertura al camino en el que ya hay una intermediación más alargada entre el Estado y los pueblos.

En ese momento, por supuesto, vemos a los cacicazgos —bueno, me voy a referir sobre todo al de Luis—: un cacicazgo que es un intermediario entre el Estado y el pueblo, pero en el que se da apertura justamente a esta idea de progreso bajo mecanismos de dominación, bajo mecanismos de control, y que además ha sido hecho por personas de los propios pueblos. Pero que, al final de cuentas, una vez abierta la puerta a las instituciones, a las carreteras, a la comunicación y todo esto —no tampoco para endemonizar, no; es decir, no es que esto, todo así tal cual, sea malo, que el proceso de urbanización sea malo por sí mismo, no—, sino lo que conlleva. Es decir, entendemos que las carreteras, si bien hay un discurso que te dice: "Mira, es para modernizar, mira, es para que puedan salir y entrar con mayor facilidad", pues, en realidad también permite justamente la llegada al extractivismo. Un extractivismo que se fue, por supuesto, dando de una manera más cruda con el atravesamiento de la carretera. A mí todavía me tocó hasta lo que es San Pedrito, pero toda esa parte, justamente para saquear, estaba ya, por lo menos, en una intencionalidad desde la parte de los cacicazgos.

Eso es algo, por supuesto, que tendríamos que seguir reflexionando. La forma, por supuesto, también en que se da el control, el uso de la violencia —violencia que se sigue manifestando—, la manipulación, la intimidación hacia los pueblos y hacia las personas. Los discursos de cohesión; es decir, esos discursos que, por un lado, dicen estar favoreciendo a los pueblos, pero, por el otro lado, sus mecanismos y estrategias justamente lo que hacen es hacer todo lo contrario.

Entonces, bueno, ahí es donde también nos permite justamente ver la influencia de los cacicazgos que ya, por supuesto, podemos hoy día trasladar a figuras como los políticos, a estos intermediarios que justamente están entre uno y otro espacio, en cómo se va dando todo esto: los cambios, por supuesto, la forma en cómo instituciones como la escuela, el ayuntamiento, las clínicas y demás intervienen en la vida cotidiana de las personas. Y, por supuesto, muchísimos efectos más. Para empezar, justamente sobre lo que es el distrito Mixe.

Por supuesto, podemos hablar de cuál fue la verdadera intencionalidad, que se ve en varios de los autores, que dicen: "Bueno, por un lado era la forma de Luis de querer controlar, pero por el otro lado, resulta que no es que quisiera necesariamente controlar, sino que daba el vínculo justamente al Estado para el mestizaje de las poblaciones mixes."

Por otro lado, también ver justamente cómo —o sea, a final de cuentas, más allá de la intencionalidad que haya habido— cómo se está jugando este distrito hoy en día, cómo se establece dentro de la geopolítica nacional; incluso cómo esta forma geopolítica contrasta también un poco con las divisiones distritales electorales.

Entonces, hay muchísimo que seguir analizando y viendo el papel del ejército, por supuesto. Cuando vemos el relato del libro de Íñigo, bueno, también vemos la participación de los militares, pero no solo ver la participación de los militares desde afuera. Porque, por lo menos en Zacatepec, como en otras poblaciones, también tenemos muchísima participación mixe en esos ejércitos y la policía; o sea, la migración justamente permite que muchos de los jóvenes sean parte de esto. Eso también se da desde la época de Luis Rodríguez, que ahí hay una intervención justamente con el Estado.

Podríamos seguir señalando también cómo, a partir de esta apertura que se da en vínculos con el Estado, también hay otra intervención, que es el narcotráfico, que está ahí, que se ha ido moldeando, que se ha ido también como adaptando en ciertas zonas. No sé si ustedes recordarán —yo lo recuerdo, por allá de finales de los noventa, principios de este siglo— cómo se sembraba la amapola, y era así como de "bueno": el ejército también estaba coludido, las poblaciones sabían cuándo iba a entrar el ejército y todo mundo como que se recogía antes, o se dejaba ahí en suspenso.

Algo que también me recuerda mucho ahora que le di la releída para esta reunión, es el asunto de cómo se ve desde afuera justamente el cacicazgo, cuando nos recuerdan las notas periodísticas que había cerca del cacicazgo, de lo que era esta idea de esta figura del patriarca mixe. O sea, como si hubiera ahí una ruptura en nuestra lectura de la realidad. Habría mucho que ver.

Emiliano Zolla Márquez, antropólogo akäts

Bueno, pues muchas gracias, gracias a *Nayuujk*, quienes organizaron este evento, por invitarme. Para mí, siempre es enormemente satisfactorio poder escuchar la perspectiva de la gente de los pueblos sobre el proceso de los cacicazgos, sobre la historia política de la Región Mixe.

Creo que el motivo de rememorar este libro tan importante está plenamente justificado. Cuando empecé a interesarme sobre los pueblos ayuuk y pensaba hacer mi trabajo doctoral sobre la Sierra Mixe, el cuerpo de bibliografía de literatura que había sobre los mixes era muy pequeño. Ahora, justo hace unos días, vi el libro Espacio-Tiempo Mixe de Ana Matías Rendón; justamente tiene dos apéndices al final, donde hay una bibliografía de textos sobre mixes escritos desde la Sierra Mixe. Y luego hay otra bibliografía, digamos, una bibliografía *akäts*, sobre el tema. Y bueno, esto se ha ampliado muchísimo. A mí me sorprendió; incluso había bastantes cosas que no conocía, pero cuando yo empecé había una especie como de bibliografía básica sobre el tema, que era, pues, un poco el libro de Etsuko Kuroda; estaba *Mëj Xëëw*: la gran fiesta del señor de Alotepec, de Gustavo Torres Cisneros; estaba, por supuesto, la etnografía de los Mixes de Salomón Nahmad, y algunas cositas más. Martha Tello tenía por ahí un estudio sobre educación; Gabriela Kremer tenía alguna otra cosita. Y la bibliografía escrita por mixes, pues, era prácticamente imposible de conseguir; ya después fui encontrando libros escritos por gente mixe, como el profesor Cándido en Tamazulapan, Albino en Guichicovi, un libro sobre La grandeza de Móctum, se llamaba; eran cosas o ediciones prácticamente artesanales y de muy poquita circulación, y no había explotado la producción, digamos, de tesis de estudiantes, sobre todo de posgrado mixes, que ahora están por todos lados y que es hasta difícil seguirles la pista.

Y bueno, en esta especie de bibliografía, casi toda muy antropológica —digamos el libro de Salomón, una típica etnografía del indigenismo que

era más bien casi un diagnóstico para la entrada del Instituto Nacional Indigenista, INI, en la región—, el libro de Etsuko Kuroda, muy metido con una especie como de etnografía de salvamento, creo que decía ella: "bueno, viene la carretera, viene la modernización, esto va a desaparecer. Entonces hay que documentar antes de que la modernización mexicana termine con una especie de cultura tradicional de los mixes", y sobre todo estaba orientada hacia los rituales.

Y la descripción, digamos, de la historia y de la situación contemporánea política aparecía a cuentagotas. Cuando fui a la sierra, me empecé a sorprender de la importancia y del lugar muy difícil que tenía la historia de los cacicazgos en la región. Una historia muy atravesada por la violencia; recuerdo a alguien en Tlahui que siempre se refería a ese periodo como "la época de los huérfanos", un poco hablando de la cantidad de gente en muchos pueblos que se había quedado sin padre, sobre todo, y en algunos casos sin padre y sin madre. Y que lo referían como una época muy dura, de muchas privaciones, de mucha violencia, de mucha incertidumbre, donde mucha gente salía a trabajar al campo y después no sabía si iba a regresar porque había emboscadas, digamos, cotidianas en los caminos. Además, una situación de bastante movilidad, porque mucha de la gente que se dedicaba a la agricultura —digamos en la época del cacicazgo y en esta época de poscacicazgo, como dijo Adelfo Regino— tenía que transitar fuera para vender café, para vender mezcal en algunos casos, o leña; es decir, implicaba andar circulando por los caminos, y todavía estaba medio viva, todavía sobrevivía la práctica de los arrieros. Entonces, en un lugar que tenía mucha movilidad interna, los caminos se habían vuelto lugares de mucha incertidumbre y de mucho riesgo.

Había mucha gente que se refería a esta época como La Guerra Mixe; cantidad de gente que te decía "pues es que cuando La Guerra Mixe…", y yo decía: "bueno, ¿cuál Guerra Mixe?" Primero, porque desde fuera de la sierra uno no conocía esta historia, y en realidad un poco lo que teníamos era una especie de —yo diría— casi una imagen mítica de la paz priista. Después de la Revolución sí había habido algunos remanentes; el mismo Daniel Martínez era una especie de remanente del movimiento de la Soberanía en Oaxaca y de la época en que estaban estos viejos regimientos, de la época de la Revolución, que habían quedado como en algunos pueblos; es decir, que había como algunas especies de supervivencias de estructuras militares. Pero la percepción de la gente era que había habido una guerra, una guerra sostenida de muchos años, y que su reconstrucción era difícil.

Y el único libro que hablaba directamente de eso era el libro de Íñigo Laviada, que era un libro muy extraño porque Íñigo Laviada no era alguien que hubiera pasado, digamos, como al canon antropológico. Uno leía a Salomón

Nahmad y leía el libro de Etsuko Kuroda un poco como obligado, pero luego estaba este libro ahí, que era entre medio histórico, etnográfico, periodístico; como que no tenía demasiado prestigio académico, pero era el único que confrontaba directamente la cuestión.

Salomón Nahmad hablaba con mucha ambigüedad y un poco rehuyéndole el bulto, hablando de los liderazgos mixes así medio de pasadita y como si fuera una cosa medio anecdótica, cuando en realidad era un tema central. En ese sentido, para mí el libro de Iñigo influyó mucho, porque en un principio estaba interesado —y justamente muy influenciado a partir de Los Caciques de la Sierra— en tratar de entender cuál había sido el proceso de formación del Estado mexicano posrevolucionario en la Sierra Mixe. Básicamente, parecía ser un poco que la Sierra Mixe era entre una especie de laboratorio y de modelo paradigmático de cómo se había estructurado el Estado mexicano cardenista, en definitiva, a partir de la construcción de estos liderazgos, que corrían ambiguamente entre la figura del político, la figura del militar, la figura del gran patrón, la figura del pistolero. Y con este elemento, que llamaba mucho la atención —y que sigue siendo para mí un tema fundamental—, que fue la creación del distrito Mixe, porque no había una experiencia en ninguna región indígena del país, digamos, de construir una unidad político-territorial con un marcado carácter étnico, lingüístico, etcétera.

En ese sentido, con cierta ingenuidad y un poco a través de Íñigo Laviada, lo que había intentado era ver el proceso de los caciques como un proceso de formación del Estado mexicano, donde fue una especie de reformismo social que muchos destacaron. Salomón hablaba de estos líderes mixes como unos reformadores sociales que traían el progreso, la modernidad, traían la apertura, el uso de ciertas tecnologías, el uso de los caminos, la cultura y la creación de la cultura musical mixe. Un poco de la mano de Luis Rodríguez, con un elemento, digamos, autoritario en el medio y de subordinación al gran Estado nacional, a través de estos intermediarios locales o regionales.

Y un poco con esa idea yo estuve trabajando hasta que tuve el primer acercamiento con unas gentes que habían salido de Zacatepec en algún momento, y me habían contado un poco de estos elementos —que no sé si es el mejor término, el término más feliz—, pero casi de una especie de leyenda negra de Luis Rodríguez, que además tenía toda una serie de elementos un poco fascinantes, en un sentido un tanto morboso: la sospecha de que Luis Rodríguez era el hijo ilegítimo de un cura, y que eso, en buena medida, explicaba su carácter profundamente anticlerical, pero que al mismo tiempo era una especie como de nacionalista mixe que trataba de encarnar en su persona al Rey *Kondoy*, y hacer una especie de identificación entre los relatos político-mítico-históricos mixes con su propia persona; con el elemento de la vio-

lencia, de una violencia muy descarnada: la violación de mujeres, por ejemplo, como un elemento sistemático del terror; la quema pública de la vestimenta tradicional de las mujeres de Zacatepec; imponer elementos de modernización en clave indigenista, pero expresados de una manera muy violenta.

Yo recojo por ahí un testimonio de alguien que cuenta que Luis Rodríguez manda a quemar el traje tradicional de las mujeres de Zacatepec y las obliga a utilizar ropa mestiza, ropa industrial, que además parece que también la vendía en una de sus tiendas. Entonces, de alguna manera, Luis Rodríguez y Pedro Páramo eran como dos figuras gemelares. Y en algún momento parecía que el relato estaba muy claro; es decir, en una lucha por ver quién iba a ser el intermediario privilegiado, frente a un cacique más viejo —de la época más abiertamente militarista de la Revolución—, que era Daniel Martínez en Ayutla; estaba este otro que tenía el elemento reformista, porque además era un maestro, y entonces combinaba la cuestión de la educación, siempre oscilando entre la figura violenta y al mismo tiempo una especie de figura ilustrada. Mucha gente me decía que Rodríguez recibía suscripción del periódico Excelsior y le llegaba el Excelsior hasta Zacatepec —yo no sé si son ciertos o no, pero les cuento lo que se decía—; tenía su propia línea telegráfica, su propio sistema de telégrafos, tenía su propio sistema de pistas de aterrizaje de avionetas.

Había dos cosas en esto que a mí me llamaban la atención; había dos ambigüedades distintas, porque, por una parte, cuando uno desde afuera trataba de decir "¿y este Luis Rodríguez, quién fue?, o ¿qué fue este proceso?, o ¿por qué los mixes tuvieron esta dinámica tan particular?", no necesariamente la del cacicazgo, pero sí la del cacicazgo combinado con el elemento del distrito; y la idea todo el tiempo de la Nación Mixe, que está constantemente en el discurso de Luis Rodríguez, y que yo, hasta donde he podido rastrear, no la veo muy clara: la existencia como tal de alguien que estuviera hablando de una Nación Mixe antes de él. Puede ser, no lo descarto, pero hasta donde yo he podido ver, realmente donde se hace muy fuerte la idea de una Nación Mixe —con una unidad territorial, con una unidad cultural, con una unidad política y, por supuesto, con una capital en su pueblo— es con él. Al mismo tiempo, la negociación, la cercanía con el Estado mexicano, la apertura de decir "va a venir la campaña de fulano y hay que abrirle la puerta de los pueblos mixes al que va a ser candidato a gobernador, que va a ser candidato a presidente", etcétera —es decir, una especie de idea como está leído en Salomón Nahmad—, es él, Luis Rodríguez Jacob, que le está abriendo la puerta a la consolidación del Estado mexicano, que le dice qué es lo que hay que hacer; o sea, indigenismo integracionista: "esta gente que por aislamiento, por particularidad cultural, no son muy partícipes de la vida nacional, pues,

estos son los señores que nos van a permitir que se integren a la modernidad posrevolucionaria mexicana."

Por ese lado emergía una especie como de ambigüedad: ¿quién es Luis Rodríguez? Por una parte, parece ser una especie de campeón de una nacionalidad mixe que está en proceso de formación. Por otra parte, parece ser el instrumento que, valiéndose de la fuerza, de la violencia y de la manipulación de ciertos mecanismos tradicionales y de una serie de instrumentos culturales muy sofisticados —como las mismas bandas filarmónicas—, está abriéndole la puerta para que sean subordinados del Estado nacional mexicano.

Leyendo testimonios, más tarde apareció la correspondencia que publicó Luis Arrioja. Porque hay otra cosa que también es medio inédita: un cacique que escribía un montón, que mandaba comunicaciones; es decir, que tenía un archivo. La otra era la dificultad de reconstruir quién era Luis Rodríguez desde el punto de vista de los mixes. Ahí fue uno de los momentos donde yo dije: "a ver, entonces esta idea de que hay una especie de Nación Mixe que, independientemente de variantes dialectales, de experiencias históricas, de la situación geográfica, se puede mantener", pero no aparecía tan clara, porque una de las cosas que surgía era la ambigüedad y el carácter contradictorio de la memoria de distintos pueblos con respecto a Luis Rodríguez, y de Daniel Martínez del otro lado.

Había gente que te decía: "Sí, era muy violento y sí mataba, pero fue el que nos defendió frente a los *käts*; nos defendía frente a los intermediarios zapotecos que nos tenían sometidos con los precios, al coyotaje zapoteco en muchas zonas. O es el que nos permitió hacer una especie de selección de qué queríamos de lo que venía de parte del Estado mexicano y qué no". Me acuerdo mucho de una señora que me decía: "Es que si esto no era para Luis Rodríguez, era para el caso de Daniel Martínez —decía—, es que sin Daniel Martínez nos hubieran aplastado".

Entonces lo que yo encontré, de alguna manera, fue que la obra de Íñigo Laviada era un punto de partida, porque el retrato que hace Íñigo Laviada es, hasta cierto punto, un retrato un tanto maniqueo. O sea, hay dos señores malos, muy malos: uno en Ayutla y otro que es más malo todavía, que es el de Zacatepec. Que son malos en buena medida porque están aliados con el Estado por una parte, y por otra, por características individuales. Pero no hay después una explicación demasiado elaborada de cuál fue la posición de los pueblos con respecto a esto.

Y ahora, una cosa que yo había estado investigando justo para esta intervención, tratando de ver cuáles eran los antecedentes y el contexto de Íñigo Laviada: pues Íñigo Laviada era un periodista de un sector muy conservador de la sociedad yucateca; es un periodista y jurista muy católico. Del tipo

de catolicismo político doctrinario que hubo en el Partido Acción Nacional, PAN, hace mucho tiempo, muy desconfiado del centro y de la Ciudad de México —como buen yucateco—, perteneciente a una familia básicamente de la casta dorada que fueron hacendados, que después medio cayeron en declive en términos económicos después del reparto agrario, pero sobrevivieron como familia casi aristocrática en Mérida. Casualmente por eso publicaba en el Diario de Yucatán, que Yucatán tenía sus dos diarios importantes: el que era medio izquierdoso, medio simpatizante de los cubanos, y el Diario de Yucatán, que era un poco la posición de los católicos tradicionales de derecha, representante de los intereses de la pequeña burguesía avasallada por el Estado Mexicano. Y los Laviada son un familión, son un familión aristocrático con casa en el Paseo Montejo, familias de muchos hijos, muy tradicionales; dos de ellos médicos muy reconocidos de la sociedad de Mérida. Íñigo Laviada, no por casualidad, era jurista de la Escuela Libre de Derecho, justamente uno de los centros de resistencia, más o menos entre los años de la Cristiada y después en el proceso de construcción del PRI.

En ese sentido, creo que tenemos que volver sobre Íñigo Laviada; creo que se tiene que volver a editar, porque, además, efectivamente, es muy difícil de conseguir, pero creo que hay que recuperar la pluralidad de voces con respecto a lo que fueron los años del caciquismo, lo que fue la complejidad de alianzas con respecto a estar aliados o con Ayutla o con Zacatepec. Porque estas alianzas constituyeron bloques, bloques que además se estuvieron moviendo en función de intereses y de posiciones diversas al interior de los mismos pueblos; es decir, gente que estaba más ligada al comercio del café de repente hacía alianza con uno; otros que participaban de la vida política en Oaxaca con las facciones que se disputaban la gubernatura se movían en otra dirección. El recuerdo de los caciques es un recuerdo contradictorio, y en buena medida es porque, yo creo que la política mixe, en general, está atravesada por la contradicción entre cómo te abres frente al Estado y reconoces que tienes que pelear desde una situación donde probablemente eres minoritario —no tienes el ejército, no tienes un montón de recursos, tienes la presión constante del Estado mexicano por expandir sus instituciones, sus mecanismos políticos, etcétera— y, al mismo tiempo, cómo resistir.

Yo durante mucho tiempo pensé —y un poco a través de Íñigo Laviada— que *Los Caciques de la Sierra* era la evidencia de la subordinación de los mixes frente al Estado Mexicano, eran sus intermediarios nada más. Después ya no estuve tan seguro de eso; o sea, creo que había una complejidad mucho más grande, y que varía mucho desde dónde contemos la historia. Si uno va a Ayutla, todavía hay un edificio ahí en el centro que es el edificio de Daniel Martínez, y tú le dices a la gente "oye, es que Daniel Martínez era un cacique

sanguinario" y te dicen: "no, a ver, espérame", y viene el relato de Ayutla. Y hay unos en Tlahuitoltepec que fueron simpatizantes de Zacatepec, porque lo que no querían era la hegemonía de Ayutla ahí ladito; sucede lo mismo en Tama, en Cacalotepec y, por supuesto, en Alotepec, que es de donde tenemos quizás hoy un poco más de relatos en Los Caciques de la Sierra. Esperamos próximamente el libro de Félix Reyes —que espero no tarde demasiado— sobre cómo está contado esto, además desde una clave mixe, que este relato akäts no recupera. Este relato *akäts* es la forma en que están presentados los caciques: es solo una reacción frente a lo que está haciendo el Estado, o son instrumentos del Estado; pero yo creo que hay otra historia que a veces es muy complicada de sacar porque su naturaleza, insisto, es contradictoria y es ambigua. Tiene que ser una historia necesariamente polifónica, porque las posiciones de los pueblos —les digo— variaron mucho a lo largo del tiempo.

Entonces, creo que hay que volver sobre esto, creo que hay que volver con un ojo crítico, apreciando lo que hizo Iñigo Laviada, porque además fue muy importante en su momento y fue una de las pocas voces frente a un proceso muy duro que hubo. Pero, pues, es una historia *akäts*, sigue siendo una historia akäts muy particular, contada desde un ángulo muy particular. Yo no sabía que su hermana había sido monja en Alotepec, pero ahora me queda muy claro que es un relato muy maniqueo, un relato muy propio del catolicismo, donde, pues, la bondad y la maldad son dos cosas que están separadas y son perfectamente distinguibles. Y la realidad, yo creo que es mucho más compleja. En ese sentido, creo que hay que volver sobre eso. Hay que volver en general sobre la literatura *akäts* y reconocer dónde están los límites, dónde están las cosas que no podemos entender nosotros desde una perspectiva de afuera. Y ojalá el libro se reedite, pero ojalá se reeditara con esto: cuántas visiones hay, cuántas lecturas posibles hay sobre *Los Caciques de la Sierra*, que seguramente son muchas y las seguiremos viendo a lo largo del tiempo.

Gregorio Ramírez Aguilar, ex presidente municipal de San Miguel Quetzaltepec

Makyepyë mëku'ukëty, miits nëamuke, niiwënä'äk nxoo'nëmë n'ijtëmë, ja nääw ja n'ayuuk, nitu'uk nitu'uk miits ntuknëwäänë ntuknëyääxëtë, ko ja anääw, ja tuu, ja Tajëëw, mya'jikyatëytë mya'mëkättëytë. Maa yä'tëyë ja neky ja kajpyxy jap tyu'uyooyën, ntipë ojts tjä'äy taapë jä'äy miitipë xyëëw Inigo Laviada. Ku yë tyakmëjtä'äk nyëxon nyi'ijtypy wi'ix ja jaa'y jyukyajttën, ja miykyëjxpë, jii ku nyëmajtsk ja ä'äy ntipë mëjk yajknëxonp yajkni'iijtpën.

Jëë xyëëw miti' myëkyëxpetë jä'äyën, Don Luis Rodrigues. Jatu'ukpë, ja jä'äy nitu'un mitipë xyëë'atypy Daniel Martínez Tukyomëtë. Ji'ku yë'ë nint'un nkäpxpo'kxäny nitu'n ja nmëkunääx ja nmëkukäjp'äjtpë, miti'pë ayuuk yajtijtëpë, maa tun ja kop ntsënää'yën, pujxkëxmëtë jä'äy, Tuukyo'mëtëtsy, tuknëëmëtëtsy, eptsykyëxmëtë jää'y, xaamëtsy, ja totontepec, jëtsy nitu'un yëkyëxmëtëtsy, kutsëko'omëtë, nëpa'ämëtëtsy, kana'tsymëtëtsy, kumuujkpëtë käjpmëtëtsy, kënkë'mëtëtsy, texykyëmëtëtsy, muntsyämëtëtsy, ukkupäjkmëtëtsy, jëts mitipë jap tsinatsëpë, ja nmëku'ukäjmëtë jap jëyit, miti'pë jajp yajtiy Mazatlan jets nitu'un Guichicovi. Nipo'okxtë nkäjkxpo'oxtë nitu'unëtsy. Jets kumë jutu'un, njää'äjtëmë, njujky ajtëme, majtsk piky nxoo'nën, nijtëm, tanto yë nayuk, jets nayten amëxän.

Ypara esto, mis queridos paisanos, amigos hablantes también de la lengua mixe, pues me da mucho gusto esta invitación a este diálogo, por el escrito que nos dejó —que nos heredó también— una persona digna de recordar: el señor Íñigo Laviada. Se refiere más a la vida política y social de los pueblos de Santiago Zacatepec y de Ayutla, por sus grandes personajes, don Luis Rodríguez y don Daniel Martínez de Ayutla Mixes.

Es difícil opinar sobre este libro. Nosotros también estamos en una dualidad en la vida política, o como ser social, como seres humanos, como ente humano. Pues como dicen, lo bueno también es malo y, sin embargo, lo malo

también es bueno. Pues estos señores lucharon, se idearon; que pues a ellos se les considera como Los Caciques de la Sierra.

Pero ¿qué deberíamos entender sobre el término, el concepto de "caciques"? Quiero remontarme otra vez a nuestra lengua mixe; los que los denominan caciques, pues se refiere a las personas, principalmente a los hombres. Cuando dicen: "es que es *yää'tsyejk*, o es *jotmëjk*", es hombre, es fuerte, es el que tiene *ëxtsää*, es el que tiene los huevos, como vulgarmente se dice. Es un hombre que tiene pantalón, es un hombre que si se faja bien sus cinturones, entonces, es un hombre. Por el lado caciquil, es un cacique —dándole ese concepto—, ¿por qué? Porque sabe matar, porque sabe traicionar: *yajjaa'yo'kp, tuu'tanaapy*; es el cazador de su propia semejanza.

El cacique es el cazador, el que caza a los más humildes, a los más pobres; los amenace si no los obedece a ellos como cacique, como caballeros, como hombres.

Los dos, pues, son buenos, pero los resultados pudieron haber sido malos, y esos resultados malos también pudieron haber sido buenos; he ahí la importancia de que ese libro sea objeto de estudio, de análisis. Tendríamos que ver con qué finalidad también, porque debe de haber una finalidad por cada uno de nosotros, como participantes, de cómo entendemos este escrito de este señor Íñigo Laviada.

Si lo tomamos por el sentido para el desarrollo económico, pues veríamos en eso han habido ejemplos malos. Cuando don Daniel Martínez consideró que era necesario el desarrollo de la comunicación y empezaron a introducir los cables telefónicos —eran de telegrama—, el otro personaje se encargaba de robar los cables, tumbar los postes. Pero quiénes son los que opinaron en ese libro también tengo mis dudas, porque son dos puntos de vista contrarios. Si yo le pregunto a una persona que le caigo mal, va a opinar de mí mal; si le caigo bien, va a opinar bastante bueno de mí. Entonces habría que ver ahí. Nosotros como mixes, es muy importante que se haga un análisis, un estudio también: si es por el lado histórico, en qué nos ha beneficiado, en qué nos ha perjudicado como pueblos de la Sierra Mixe.

En el caso de San Miguel Quetzaltepec, también hay una muy importante comunicación verbal que se transmite. Muchos de los ancianos han opinado de que, si se pelearon, el que estaba inconforme con su mismo pueblo o con sus mismos ciudadanos, donde podían ir a quejarse, tenían dos opciones: ir a Santiago Zacatepec a quejarse ante el señor Luis Rodríguez, o ir a Ayutla Mixes; dos personajes que defendían su postura, su conocimiento y su astucia también, porque fueron muy astutos esos personajes, muy inteligentes, de acuerdo a lo que dice el libro. Entonces Quetzaltepec también ha vivido esos problemas allá. El pueblo está dividido en dos secciones; a partir de que yo me

doy cuenta, también, que mi pueblo —los ciudadanos hablan de la primera sección, segunda sección—, y en la primera sección quién es el más caballero, el más hombre; la segunda sección también, quien, y no podían convivir. Viéndolo por el lado social, sería un buen objeto de estudio —y muy buena propuesta— que si se debe reeditar. Lo hemos hecho cada quien por nuestro lado, editando dos o tres libros, mandándolo a empastar, para hacernos de conocimiento de este contenido del libro.

Pero si vemos también del lado poético, creo que de alguna manera también nos inspira a escribir, a decir cosas bonitas también para nuestros pueblos. Y, a lo mejor, sean fuentes de inspiración para los amigos que digo que son poetas.

Si lo definimos por su lado etimológico, la poesía es la creación; otros dicen que no debe ser poético, sino que deben ser recreadores. A la mejor somos recreadores también; por ese lado no importa. Lo importante es que son dos ejemplos en donde podríamos ver lo malo y lo bueno, lo bueno y lo malo, en lo que han hecho en sus historias de vida dos personajes: don Luis Rodríguez y don Daniel Martínez.

También hay muchas anécdotas para poder arreglar algunos asuntos políticos, sobre conflictos políticos, porque también sabemos que han habido, que hay usos y costumbres de cada pueblo según sus historias, según son las leyes seglares, las leyes que también impusieron los conquistadores, que no son nuestras, sino que nos conquistaron y nos impusieron sus reglas sobre el desarrollo del pueblo y, sobre todo, para esclavizarnos. Logran su objetivo, pero llega un choque también. Si está la religión católica, llega también, en el caso de Quetzaltepec, llega la religión de los testigos de Jehová, y ¿dónde van a parar las dos, tres o cuatro familias de los que ingresaron como testigos de Jehová? Al bote, a la cárcel. Entonces, implantan alguna norma en cada comunidad, pero no únicamente eso: las religiones que se han peleado en el pueblo. Políticos. Con puerta libre los del Partido Revolucionario Institucional, el PRI; de ahí les siguen los del PRD. Entonces ya no se pelearon los de las religiones, sino se pelean, se pelean los partidos políticos, pero también con sus intereses, pues yo digo que económicos. Porque ellos, de los que salen de las ciudades y van a las comunidades, no saben de nuestros usos y costumbres de cada pueblo, o de las normas que hemos aprendido de las normas seglares.

Entonces, pues es muy importante que si se realiza de esa manera una edición, se dé a conocer en cada uno de los pueblos. No sé cómo tengan proyectado hacerlo, si a través de las escuelas, de instituciones educativas de los diferentes niveles: primaria, preescolar, secundaria, bachillerato, que son los niveles que están en la mayoría de los pueblos.

Tendrían que ser objeto de estudio por el lado filosófico, económico, histórico, social, político. Porque si hablamos por el lado económico, pues que sea económico; y si es leyenda, que sea leyenda; si es realidad, pues que sea real.

Que en una ocasión, conforme como se va haciendo esta vez como la Guelaguetza, aquel entonces —audio inaudible—. Que cuando el gobernante oaxaqueño decide que quiere ir a Santiago Zacatepec, pues le dan todos los privilegios, le componen la música de los sones y jarabes mixes, a través de una persona noble que lo encarcelan en Zacatepec, don Rito Rovirosa, el gran compositor mixe de los sones y jarabes. Pero no conforme con eso, los gobernantes —o los conquistadores— sino que también piden que los integrantes de las bandas filarmónicas de cada pueblo mixe vayan y toquen en el auditorio Guelaguetza.

Pero qué resulta: sí, esta anécdota está bien; que un pueblo no participó, en este caso Alotepec no llegó a Zacatepec a una reunión en donde el cacique informaba a los presidentes municipales —bueno, pues a los suyos, a sus presidentes, porque la mayoría tenía que ser aprobado por aquel personaje cacique, don Luis Rodríguez— que quería que todas las bandas filarmónicas vinieran a tocar acá en la Guelaguetza. Pero entre ellos el presidente municipal de Alotepec no pudo llegar; sin embargo, pudo enviar una cartita en la cual exponía las razones que según decía: "Señor Luis Rodríguez, por el momento no puedo ir a Santiago Zacatepec a la reunión para poder acordar la participación de la banda filarmónica de cada pueblo; en este caso, de manera especial, de Alotepec no puedo ir, porque tengo reunión del pueblo y, sin embargo, por este recado le mando, dentro del pañuelo, cincuenta monedas." Pero cuando revisa —lee con la pura vista, en voz interior baja— el cacique, pues todos estaban interesados, los participantes de la reunión; y que el cacique lee, relee el recado pero con algunas modificaciones, creo que con un cero: en vez de cincuenta, ya le agregó otro cero. Y decía: "Si ustedes, señores presidentes municipales, quieren hacer lo mismo que el presidente de Santa María Alotepec Mixes: no pudo venir, sin embargo, pide que se manden otras bandas filarmónicas, que se contraten, y nos manda aquí quinientas monedas." Pero en el texto decía cincuenta monedas. Leyenda, verdad, o lo que sea o cuento, pero es objeto de análisis de la inteligencia, de la astucia de un cacique que puede poner, disponer e imponer en las comunidades.

Pero ¿qué es lo que persigue un cacique? ¿Será ambición? ¿Será que ese cacique era capaz de matar a sus semejantes para poder hacerse de qué, de dinero, de poder, y dejar en la hambruna a sus semejantes? ¿Y los podía cazar, secuestrar, y todo lo que podía imaginarse y hacer don Luis Rodríguez?

¿Cuáles fueron las funciones, las ocupaciones, las intenciones de un cacique de los años anteriores, de las décadas anteriores? ¿Y cuáles son las intenciones de la gente de cada pueblo que busca también el poder, el dinero, el control?

En la actualidad vemos personas que ahora se cambian de color de la playera. Si era tricolor la playera, pues se vuelve como la playera del sol —de PRD—, y puedo brincar de aquí para allá a los otros partidos. Llega un momento en que uno está de acuerdo con los explotadores, con los que viven de nuestros impuestos, y llegan a vestirse de otros colores. No digo los nombres porque se van a ofender. Que no tanto así, amigos, compañeros, paisanos y, de antemano, no quiero ofender a nadie. No digo que fue cierto lo que se habla en el libro, en contra o a favor de cada pueblo o de cada personaje, pero sí mi admiración.

Y otra de las astucias que tuvieron esos dos personajes fue dónde se establecería el distrito judicial, si en Santiago Zacatepec o en Ayutla Mixes. Pues se pelean los dos personajes, a ver quién. Pero aquel gobernante, el coronel Constantino Chapital, decide hacer reunión con ellos dos, donde Luis Rodríguez dice que el distrito judicial va a ser en Santiago Zacatepec; don Daniel Martínez llega igual, manifestando que el distrito judicial va a ser en Ayutla Mixes. Bueno, ¿qué puede hacer el gobernante si a los dos los aprecia, los quiere, son sus útiles humanos para que peleen en la región y mantengan el control y el poder?

Pues aquel gobernador dijo: "Daniel y Luis, les doy setenta y dos horas para que se arreglen, se pongan de acuerdo." La respuesta de don Luis Rodríguez: "Sí, de acuerdo, vámonos pa' tras." Sin embargo, al día siguiente llega don Luis Rodríguez, sonriente, alegre; a pesar de su edad, pero siempre se mantuvo jovial —creo que les hacía bien bailar jarabes mixes, las fiestas les hacía muy bien—. Pero al día siguiente dijo: "Señor gobernador, el distrito judicial va a ser en Santiago Zacatepec." Y el gobernante, aquel gobernante, se pregunta: "¿Y cómo le hiciste para convencer a Daniel? Si los dos son duros." Y Luis, con voz calmada, responde: "Es que Daniel no está." "¿Y dónde se fue Daniel?" "Es que ya murió." Y aquel gobernante ya no dijo más: asunto arreglado para ellos; el distrito judicial está en Santiago Zacatepec. Pero ¿será cierta esa estrategia o fue mentira? Bueno, yo no lo sé; si fue así, pues qué astucia, qué maldad o qué bondad para ganar o para perder.

Queridos amigos paisanos, *meetsëtsy mëku'ukëtsy,* les agradezco esta invitación, y pues esta es mi breve participación con ustedes.

Lucio López Reyes, ex presidente municipal de Totontepec Villa de Morelos

Soy un ciudadano de Totontepec, he sido topil, secretario, síndico y presidente municipal de Totontepec, Villa de Morelos. Esa es mi carta de presentación.

El motivo de mi intervención en este debate sobre la obra de Íñigo Laviada, Los Caciques de la Sierra, es que, precisamente, en la página 29 del libro en comento, en el punto nueve de una denuncia que las comunidades de San Miguel Quetzaltepec, Santa María Alotepec, Asunción Cacalotepec, San Pedro Ocotepec y San Lucas Camotlán dirigen al entonces presidente de la República, Luis Echeverría, ahí enumeran una serie de atropellos que sufrieron nuestras comunidades mixes, y en el punto nueve encuentro lo siguiente, que dice: "En el poblado de Metaltepec mixes, pretendió Luis Rodríguez Jacob asesinar al ciudadano Juan Bautista López, despojándose de sus bienes y llevándose cosecha de café y semovientes para Zacatepec mixe."

El hecho de encontrar, en unas cuantas líneas, este nombre, se remonta a mi infancia de caminar, de respirar, comer y entender lo que es o lo que fue la vida de un perseguido por parte de un cacique: el cacique de Zacatepec, porque de quién se trata es de mi abuelo. Entonces, quiero relatarles un poquito la vida de él. La comunidad más cercana a Zacatepec, la que está junto a Zacatepec, es la comunidad de San Juan Metaltepec; de ahí es oriundo el personaje del cual quiero hablarles, porque es digno y meritorio que también se sepa de sus luchas, de su rebeldía, de su estar inconforme y presentar dicha inconformidad de frente hacia el cacicazgo, tal y como me lo comentó mi abuelo.

Como antecedente les quiero comentar que a principios del siglo XX varias comunidades mixes pertenecíamos a distintos distritos, antes de la creación del distrito de Zacatepec, y en este caso San Juan Metaltepec pertenecía al distrito de Choapan. En ese tiempo, el jefe político de Choapan, al ver que no había gente que pudiese estar rindiendo a tiempo la documen-

tación necesaria de cada comunidad, optó por reclutar a los que él —como jefe político— consideraba los más sobresalientes de cada una de ellas, y de San Juan Metaltepec reclutó a tres ciudadanos, mandándolos a la ciudad de Oaxaca a prepararse. De aquellos tres, uno regresó como cantor en la iglesia de Metaltepec; otro de plano no aguantó la nostalgia y se regresó antes de concluir la preparación a lo que lo mandaron; y el tercero, don Juan Bautista López, culminó el tiempo que tenía que prepararse, y entonces, a su regreso a la comunidad, es ocupado como secretario municipal.

Pronto las comunidades cercanas mixes empezaron a buscarlo para que sirviera de secretario en esas, o que les elaborara su documentación. Esto es importante recalcar, porque, por un lado, para los que son los jilgueros del cacicazgo ejercido, de lo que tenemos aquí en el libro, hablan de qué era Luis Rodríguez una persona que procuraba por la educación, pero, por otro lado, está la otra cara: que él no permitía que en ninguna comunidad de los pueblos mixes alguien tuviera una preparación que pudiese superarlo y quitarle su lugar.

Entonces, cuando don Juan —el primer Juan Bautista de Metaltepec—, ya mayor, se casa y tiene sus hijos, y pretende mandar a sus hijos a estudiar, uno de ellos, con el mismo nombre, Juan Bautista —que es el caso que refiere el libro en comento—, es el que intentaron matar. A él lo mandan desde niño a prepararse a Villa Hidalgo Yalalag, no sin antes haber aprendido todo lo que es la costumbre mixe en su tierna infancia. Juan cursó toda su infancia y culminó su primaria allá en Yalalag. Es importante recalcar que, además del mixe, habla perfectamente el zapoteco de Villa Hidalgo Yalalag, y al culminar ahí su instrucción primaria, su papá pasa por él y se lo lleva a la ciudad de Oaxaca y estudia en el seminario. Estando a punto de recibirse como sacerdote, cuando se cruzó en su camino una linda trigueña —según sus palabras de él— y optó por el buen camino, dejando así el camino de la religiosidad.

A su regreso a su comunidad, Juan Bautista, perseguido, se dedica a las labores del campo y es muy próspero, porque tiene un rancho muy productivo, muy bien atendido, donde tiene cañal y cafetal; de la caña obtiene panela y obtiene aguardiente, mismo que comercia hacia la parte baja, en este caso hacia Matamoros, hacia Puxmetacán.

Lo comento porque hace amistad muy cercana con Pedro Serrano, que fue asesinado por Luis Rodríguez, y él vivía por la parte baja, que tenía un rancho llamado Palo Blanco. Y dicen que en 1938 Pedro Serrano entabla una buena relación con Juan Bautista; tan es así que en los primeros intentos de asesinarlo, me contaba mi abuelo, a Juan Bautista lo culparon de que los fracasos que habían tenido los armados de Zacatepec había sido porque mi abuelo Juan alertaba a su amigo Pedro. Este fue uno de los motivos que Luis

Rodríguez fuera distanciándose de Juan Bautista de Metaltepec. Pero, para los que conocemos la geografía, ahí está pegadito a Zacatepec; entonces, todo movimiento que pudiese estar haciendo Metaltepec de inmediato era captado por los hombres de Luis, y llegaban los oficios, o llegaban los armados simulando una paternidad por parte del cacique.

Pero el punto principal por lo que fue el enojo fue cuando es nombrado secretario municipal en Metaltepec Juan Bautista López, y llega un oficio por parte de Luis Rodríguez —como lo hacía con todas las comunidades— para que en las fiestas patrias, los días 15 y 16 de septiembre, todos los conscriptos se fueran a Zacatepec a desfilar por sus principales calles. Cuando llega el oficio, el agente municipal pide a su secretario que le lea, que le haga saber de qué se trata. Una vez enterado, el agente le dice: "¿Tú qué dices, tenemos que atender a ese llamado, porque lo está llamando don Luis?"

Entonces, Juan Bautista dice: "Yo no estoy de acuerdo en que vayan los conscriptos allá, porque podemos hacer aquí nosotros nuestro propio desfile; no tenemos por qué atender allá." Esto fue su momento de rebeldía, y entonces los demás dijeron: "Estamos de acuerdo contigo, Juan, pero ¿quién va a ir y enfrentarse a ese señor?" Entonces, Juan se ofreció diciendo: "Si ustedes me acompañan, yo voy a darle directamente esa noticia a Luis, de que no vamos a asistir, que nosotros no vamos a ir."

Entonces, mi abuelo Juan me lo refiere a mí, que Luis era un tipo con unas características muy ladinas, es decir, muy políticas: te ofrecía su amistad, su casa, su hospedaje, te daba una palmadita en la espalda —simbolizando lo que hoy es un insulto—, y entonces cuando se retira de allí, cuando ya le avisó a Luis y le dice "no vendrán los conscriptos de mi pueblo", Luis lo felicita y le dice: "Qué bueno, Juan, está muy bien; así deberían ser todos en los pueblos, que tuvieran un líder como tú."

Ahí fue cuando entendió mi abuelo que todo aquello era una sentencia de muerte. A su regreso a Metaltepec, se despidió de su familia y se retiró para no ser asesinado. Se cuenta —o lo cuentan en Metaltepec— que después llegaron los armados a buscar a Juan para matarlo, pero él ya se había retirado, se había fugado hacia la comunidad de Villa Hidalgo Yalalag. Hasta allá fue a vivir como autoexiliado, porque tenía la protección de las personas o ciudadanos de Villa Hidalgo Yalalag. Allá vivió porque allá tenían una casa, y como lo he dicho en otras ocasiones, admirable es cómo un mixe —en ese tiempo y en ese pueblo tan próspero— un mixe tuviese un solar y, además, haber edificado la casa más hermosa y más bonita con pura laja, con pura piedra; lo equivalente a hoy a una cuadra de una ciudad. Eso era del papá de Juan Bautista López.

Es allá donde recibe la protección de los líderes de Yalalag, en este caso de los de apellido Valle, muy concretamente de Enrique Valle. Y Enrique le ofrece y le dice: "Juan, si tú decides, y si tú dices: tú considerado como un yalalteco, si quieres, vamos y entramos a aniquilar a quienes te están haciendo esta persecución ahí en Zacatepec."

Acepta mi abuelo ese ofrecimiento, y dice Enrique a mi abuelo: "Mira, entonces tú te vas y le dices a Daniel de Ayutla que se una a nuestra causa, lo convences, acuerdan el día, la hora, y nos vemos en un punto allá en el Zempoaltepetl, y de ahí caemos en Zacatepec y acabamos con ese cacicazgo que te persigue."

Va mi abuelo a conversar con Daniel en Ayutla; Daniel lo toma de buena manera, esa alianza, y concuerdan el día y la hora. Los armados y la gente de Yalalag se presentan en el Zempoaltepetl, en cierto punto acordado; ahí esperan, llevan todo lo que tiene que ver con alimentación y para los días que habría que estar, y esperan la llegada de la madrugada de ese día a los armados de Ayutla. Pero no llegan, no llegan los armados de Daniel, por la causa que haya sido; no llegan.

Entonces se enojan los armados de Yalalag, la gente de Enrique Valle y la de mi abuelo, y bueno, pues empiezan a tomar; pero antes de ello mandan espías —muy a ese estilo como lo son los comerciantes ambulantes, que van de casa en casa— con la consigna de que ellos, que en la noche subirían, avisarían exactamente en qué casa se había quedado el cacique, para caerle directamente y hacer una operación quirúrgica correcta hacia ese objetivo. Regresan los enviados, los que simulaban comercio; avisan dónde se queda el cacique. Pero, como les digo, no llegaron los armados de Daniel para hacer lo que tenían que hacer. Esto hace que comiencen a tomar y echar balazos en el cerro, y después se regresan ya sin haber hecho lo que se habían pretendido.

Esta anécdota es para darles un poquito de referencia, porque también hay que darle presencia a los que se rebelaron en ese entonces, a los hombres que se enfrentaron, que tuvieron la osadía de contravenir todas las órdenes del cacique; en este caso, de Luis Rodríguez.

No quise meterme más allá de lo que ya dijeron, porque pues son otras comunidades que no me compete. En este momento, desde mi visión de afectado en cuanto corresponde a la persecución de la que fuera objeto mi abuelo —que después de Yalalag regresó a Totontepec, y ahí ya hizo vida, ahí se quedó a vivir—, y después, con la intervención de un cura llamado Pedro López, convenció a Luis de cesar toda esa persecución, llegando así a un entendimiento. Y ya él pudo vivir un poco más tranquilo en la comunidad de Totontepec, de donde yo soy oriundo; pero, como les comento, yo traigo la sangre tanto de Totontepec, en primer término, como de San Juan Metaltepec.

Este sería mi aporte del momento, y me uno a la petición de que es necesario que se reedite este libro, el de Íñigo Laviada. Para quienes tienen la posibilidad de reeditarlo, cuando hay la —que es muy necesaria— pues al menos para que en cada agencia municipal, en cada municipio, se pudiese contar con este libro, para que pueda ser analizado. Porque creo —y no me dejarán mentir ustedes— que seríamos pocos los que hemos tenido el interés o el acceso a este libro, pero en la mayor parte de las comunidades yo tengo la seguridad de que no es conocido este libro.

Es hasta aquí mi intervención, agradeciéndoles mucho. Y así como a don Apolonio Sandoval se le debe reconocer y recordar como un hombre que se opuso y que dio muestras de gallardía, de honestidad y de valentía ante ese cruel cacicazgo, obviamente Juan Bautista López, de Metaltepec, debe de estar también en el recuerdo de la nación mixe.

Gustavo Torres Cisneros, antropólogo *akäts*

Muchas gracias, *tyosmakepyë meku'uktëjkety, tyoskojuyep* Tsyop, Esperanza, Félix, por esta cordial invitación para hablar de este histórico libro, que trata sobre la historia de los mixes, la historia de la sierra, llamado *Los Caciques de la Sierra*, un libro escrito por Iñigo Laviada; ya se mencionó que era abogado, licenciado en derecho y periodista, ¿verdad? Yo creo que es muy importante lo que se está haciendo con este Diálogo y, sobre todo, pues, esta idea de volverlo a publicar. Ya me referiré al final respecto a ese tema, porque tengo por ahí una una propuesta y una idea al respecto. En fin, yo lo que quisiera es, pues, hacer una referencia a este documento desde mi punto de vista personal, mi experiencia con el libro.

Yo llegué en 1990 a la Sierra Mixe, a Santa María Alotepec. Estudiaba, en ese entonces, las carreras de Antropología e Historia en la Ciudad de México, y tuve una invitación en aquel momento por parte de nuestro amigo Juan Carlos Reyes, quien era ya mi amigo allá en la ENAH como lingüista, y también por una señora, una antropóloga ya finada, que se llamó Marie-Odile Marion; ella conoció y visitó Alotepec por invitación de un par de activistas mixes, como el maestro Salomón Maximiano. Y así fue como llegué a Alotepec y me instalé en la casa del maestro Salomón.

Quiero decir que durante aquellos mis primeros momentos e incursiones en la sierra el tema del cacicazgo, obviamente, era de una manera bastante velada; es decir, no era fácil hablar del tema, no como ahora. En ese entonces todavía había temores, dolores, muchos miedos. Incursionar en la Sierra Mixe, en ese momento, tampoco era cosa sencilla, pues había tan sola una carretera, y de terracería, y en ese momento sólo estaba llegando hasta a Santa María Alotepec; y yo creo que había miedo y temores al respecto del tema del caciquismo.

Quiero decir que este libro, Los Caciques de la Sierra, yo lo conocí, precisamente, en la casa del profesor Salomón Maximiano; ahí, con una fo-

tocopia que él tenía, yo conocí ese libro y ahí mismo lo leí, en su casa, y me interesé bastante en el tema que empecé a hacer preguntas. Conocí a la gente, pregunté, obviamente, quiénes eran los personajes mencionados en el libro, quien era Florentino, y no es sino don Juventino Emeterio Lara, quien tuve el gusto de conocer y que todavía saludo con mucho afecto cuando voy a esa comunidad.

Y hay una cosa que me gustaría mencionar y que no se ha comentado en este momento: es que este libro es de difícil acceso porque, pues, fue un libro que fue desaparecido. Hay que mencionar este tema porque es es muy importante, porque, por un lado, es un libro muy interesante, mismo que lo hace un libro único; no encuentro yo otro texto si nos pusiéramos a comparar obras en este sentido, yo no encontraría en México un libro parecido, no hay nada. Incluso, como la propia estructura que comúnmente tienen los libros: si ustedes lo leen es un poco raro, en cuanto a la manera en que se presentan los capítulos, etc.; vaya, hasta está un poco alterado, desordenado. Yo creo que, en la intención de don Iñigo Laviada es, y como él mismo lo dice, un reportaje, que así es como él llama varias veces a su libro: un reportaje. No dice que sea una investigación antropológica o científica, sino que es un reportaje, y más un hecho de denuncia.

Obviamente él pertenecía a una fracción política distinta a la que regía en ese momento en México cuando se escribe esta obra, que es entre 1935 y 1978, y por eso creo que es muy importante hablar del contexto: no hay texto sin contexto, y el contexto es que estamos en la época del aparato más autoritario del Estado mexicano. En la época más autoritario del Estado mexicano y escribir una obra así, pues, no era fácil; y tampoco era fácil llegar a la Sierra Mixe en ese momento y andar preguntando sobre los caciques. No, no, eso tenía implicaciones, pues, como ustedes saben, hasta de integridad física, ¿verdad? Y eso de que su hermana Sor vivía ahí con las Hermanas de la Caridad.

Yo creo que *Los Caciques de la Sierra* es una obra que hay que reconocerlo así, en esos términos, en su valor de escribirlo, y que es una denuncia, obviamente, del aparato político que ejerce la represión del Estado mexicano, y que tiene una intención política que es denunciar esa estructura del PRI, del PRI represor que venía, ya sabemos, después del 68, y que aquí encuentra una justificación aún más grande, en términos de esa violencia, digamos, con la que se controló el campo mexicano, y no solo en Oaxaca, o la Sierra Norte de Oaxaca; ahí están también las Sierra de Guerrero, Michoacán, Chiapas, etc.

Pues, yo creo que es esto importante, y por eso el libro desapareció. Bueno, el libro lo mandaron a quemar funcionarios del PRI, eso es lo que se contaba, que eso hicieron, que lo compraron, lo quitaron de las librerías y lo desaparecieron de tal manera que esa denuncia no prosperara. Por eso es tan

difícil, o era tan difícil, encontrar esta publicación, excepto en las bibliotecas, y solo en algunas bibliotecas. Y como les digo, que tuve la fortuna de encontrar una copia; bueno, ya se imaginarán una copia de aquellos años de 1990 cómo sería una fotocopia, además de esas condiciones de humedad en la que se encontraba guardado el texto. Y bueno, así lo encontramos y lo leímos.

Por otro lado, está la paradoja de que este libro es que describe una realidad muy particular, única, digamos, con una serie de personajes, una serie de características, relatos, algunas sobre la vida de muchas personas que están ahí —a ustedes los *ayuuk*, ¿qué les puedo decir, ya que muchos de los que están aquí presentes son descendientes de muchas de las víctimas de ese periodo caciquil tan cruel?—. Pero, y también como se dijo, la intención de Iñigo Laviada en su libro es dar la palabra para escuchar a ambas versiones; es decir, este era un caso que desde luego había víctimas y victimarios, había caciques, había quienes ejercían la violencia, pero también era necesario conocer, hasta donde fuera posible, sus puntos de vista. Por eso yo disentería un poco en el sentido de que este libro tiene un carácter maniqueo, porque, pues, yo creo que es una obra que tuvo la intención de describir una realidad de ejercicio de la violencia en condiciones muy complicadas, y yo creo que ese es una cuestión que es importante tomar en cuenta.

Este es un libro cuya estructura es rara, porque si ustedes ven, por ejemplo, pues ya la descripción etnográfica, la descripción de las condiciones de la Sierra Mixe, del contexto de la Sierra Norte, incluso de la Sierra de la Chinantla, de las instituciones políticas, religiosas, etc., pues, las describe un poco al final y no al principio, como pudiera considerarse normalmente en una tesis o en una investigación canónica. Iñigo fue juntando una serie de elementos que le permitieron en cómo integrar un expediente que consistiera en cómo dar cuenta de una realidad, pues, bastante compleja, y por eso yo creo que tiene muchos méritos el libro. Pero también tiene sus errores, por supuesto, que son los errores de la época: yo recuerdo que en Alotepec mucha gente decía que había que enmendarle la plana al libro, que había que reescribirlo porque tenía imprecisiones, etc. No sé si por ahí, por ejemplo, algunos llegaron a leer que él se refiere a la Sierra Mixe como parte del Nudo Mixteco, ¿no? Que era una una concepción que se tenía en aquella época en los años setenta; yo creo que es una información que le proporcionó el ingeniero Jorge Luis Tamayo, a quien él menciona en varias en ocasiones. Pero esa era la idea del momento, que el Nudo Mixteco, pues, se encontraba en la Sierra del Cempoaltepetl.

Iñigo va salpicando su libro con una serie de testimonios, de narraciones; menciona, desde luego, su entrevista con Walter Miller, que creo que es muy interesante ese episodio; menciona también a Salomón Nahamad, a

la doctora Etsuko Kuroda, que ya estaba haciendo sus investigaciones en la parte de la sierra de Oaxaca. Y ahí hay un tema que a mí me llama mucho la atención ahora que estaba releyendo el libro para esta conversación y que vale la pena, creo, señalar: él refiere en su reflexión, en su introducción, en su conclusión, y es la reflexión sobre el caciquismo, porque él también le dedica un capítulo al cacicazgo, al caciquismo como un fenómeno nacional, ejercicio de la política el Estado mexicano para controlar el campo, que se titula "Una hipótesis analítica sobre el caciquismo", que está en la página 151, donde incluso hace una mención de Gonzalo N. Santos, el cacique por antonomasia en la época del PRI en San Luis Potosí.

Y ahí él se refiere al caciquismo como una categoría que es parte del Colonialismo interno, que es una categoría que, como todos ustedes saben, fue acuñada por dos pensadores mexicanos muy importantes, dos académicos, don Pablo González Casanova y Rodolfo Stavenhagen; este último, que escribió su "Siete tesis equivocadas sobre América Latina", que fue publicado por aquellos años, si no mal recuerdo en el periódico El Día, en donde él hace una reflexión sobre esta categoría del Colonialismo interno y cómo este colonialismo es una forma de seguir expoliando y marginando a los pueblos indígenas de América Latina, entre ellos nuestro país, México. Y yo creo que eso es algo interesante en el libro de Iñigo.

También, parte de este libro Los Caciques de la Sierra: en aquellos años se había creado la Comisión Nacional de Derechos Humanos, CNDH, y me preguntaba cómo un libro como este no era retomado por aquella institución o se hiciera mención por una institución que se había creado por esos años. Y fue por ahí, entre los años de 1990 o 1991, que se da una de las primeras visitas que hizo la CNDH a campo, y fue, precisamente, a la Sierra Mixe, y fue a Santa María Alotepec para hacer una investigación sobre las violaciones a los derechos humanos y la existencia o los resabios, así como las consecuencias que dejó el caciquismo en este pueblo indígena, en particular en Santa María Alotepec. Y recuerdo que un comité de la CNDH fue hacer una investigación, misma que se publicó en televisión nacional, en donde se entrevistaron a varios personajes para hablar de esta situación; entre ellos habló don Juventino, si no mal recuerdo, también doña Patrocina, que fue una de las personas víctimas de esta lamentable situación. Y todo esto, pues, hay que recordar, fue iniciativa también del finado Floriberto Díaz Gómez, que también es importante mencionarlo acá, porque él tuvo una preocupación muy particular o un interés muy particular por resolver varios problemas o los problemas que atañían a los Derechos Humanos de la Sierra Mixe como consecuencia del caciquismo.

En fin, también quiero destacar algo que es muy importante, que a mí me llama mucho la atención, y es que también en aquellos años uno de los personajes que conocí —y eso fue en la ciudad de Oaxaca— fue a don José Isabel Reyes. José Isabel, como todos ustedes saben, fue un pistolero que estuvo tanto al servicio, aunque él lo negaba, de Daniel Martínez como de Luis Rodríguez, y que fue un personaje muy, pero muy complejo, así como polémico, que cargó en sí, pues, una serie de muertes y asesinatos. Pero yo recuerdo también que ya como parte, digamos, de la de las expresiones de la cosmovisión del pueblo mixe, pues en las pláticas cuando había ocasión de platicar esto —porque, como yo les digo, no era, no era fácil, no era un tema público; creo hasta la fecha todavía no se habla con mucha apertura al respecto, pero entonces todavía menos—, pues siempre se hablaba de José Isabel con esa especie, digamos, de recuerdo, pues, fatídico, con cierto enojo, pero también con las ideas propias de la comunidad mixe, ya que yo llegué a escuchar en varias ocasiones que José Isabel fue también fue víctima de varios intentos de muerte, casos donde él estuvo atravesado por varias balaceras y que le pegaban las balas y él no se moría, etc. Entonces, obviamente, pues, esto aludía a su relación, pues, con su alter ego, con su nahual o con cierto tipo de prácticas negativas. En fin, es un tema en el cual vale la pena ahondar.

Y ya para terminar, creo que no hay que dejar de mencionar la importancia de Santa María Alotepec como el foco, el epicentro de la insurrección en contra del cacicazgo, quizá por su cercanía con Santiago Zacatepec, sede del cacicazgo de los Rodríguez, o tal vez por esa relación de vecindad que tenían; así como, desde luego, que tiene que ver con su importancia como centro de culto o lugar sagrado, como sede de la veneración del Señor de Alotepec. De igual manera, y creo que eso es muy importante del libro, que también relata varias anécdotas en las cuales la fiesta del 3 de mayo no se menciona al Señor de Alotepec, pero sí a la fiesta del 3 de mayo, pues es un escenario también importante en el que se desarrollan ciertos acontecimientos del cacicazgo. Yo recuerdo que hasta la fecha van peregrinos, obviamente, como ya sabemos, con mucha fe, a rendir devoción al santo Señor de Alotepec y agradecer por la vida; y en alguna ocasión recuerdo haber encontrado, incluso, a policías que formaron parte de las huestes, digamos, de la parte agresora a los pueblos indígenas, y que por salvar la vida años después regresaron a reconocer y agradecer al Señor de Alotepec. Yo creo que esta parte, digamos, lo religioso y lo cultural de pueblo mixe, también es una parte relevante, que es necesario tenerlos en consideración para la reflexión de este tema como es el caciquismo; aunque sí lo menciona en algún momento Iñigo Laviada, no lo profundiza mucho. Incluso, en el capítulo sobre las instituciones y los ritos, agrupa ahí la información que, en ese entonces, tenía a la mano.

Para terminar, quería decirles que, pues, es un gusto escuchar que se quiera publicar nuevamente esta obra. Yo creo que vale la pena, creo que es muy importante, hay que difundirla, hay que darla a conocer. Y yo, bueno, ahora trabajo como Coordinador General de Patrimonio Cultural y Educación Indígena del INPI, un espacio en donde revivimos una dirección de publicaciones que había estado o estuvo abandonada durante varios años de lo que fue la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas; y le comentaba al director general, Adelfo Regino Montés, de hacer una versión facsimilar, una publicación facsimilar de este libro Los Caciques de la Sierra.

Hay quien diría que hay que corregir el libro, reeditarlo, etc. Yo pienso que no, yo creo que no; yo creo que este es un libro que es hijo de su tiempo, así habría que publicarlo, así como está, incluso un offset. Y sí, desde luego, que incluya una serie de reflexiones, una presentación, etc., etc., actualizando esa información; pero el libro tendría que aparecer como tal, porque así fue y esa es la versión que nos proporcionó Iñigo Laviada, así lo publicó la editorial JUS. Evidentemente habrá que ver el tema de los derechos de autor, y yo no creo que tenga problemas JUS en que esta se vuelva a reeditar, y que se redescubra y que se dé a conocer esta obra que, como señalé hace un momento, fue desaparecida, fue quemada, que tuvo esa desgracia por el carácter mismo de denuncia que tuvo en su momento. Y desde luego, pues, ponemos a disposición de ustedes, *Nayuujk*, esta iniciativa. También, si se puede hacer una colaboración conjunta entre el INPI y *Nayuujk*, pues la hacemos juntos, verdad. Esa sería la propuesta, y pues nuevamente muchas gracias por esta invitación.

Prudenciano Sánchez Ortiz, ex presidente municipal de Asunción Cacalotepec

Mi nombre es Prudenciano Sánchez Ortiz, soy originario del municipio de Asunción Cacalotepec. Tuve la gran oportunidad de salir de mi pueblo para estudiar, y después de terminar mi carrera regresé a mi comunidad para desempeñarme como docente, tanto a nivel primaria como a nivel secundaria; también desempeñé algunos cargos en el ayuntamiento: fui secretario y síndico municipal, y después presidente municipal durante cuatro años.

Al revisar los expedientes de los que obran en el archivo municipal del municipio de Asunción Cacalotepec, me di cuenta de que en 1963 el municipio de Cacalotepec llegó a pertenecer al distrito Mixe ubicado en Zacatepec. Anteriormente el municipio pertenecía al distrito judicial de San Carlos Yautepec. A partir de ese tiempo empecé a solicitar información de mis paisanos, en el sentido de saber por qué, a razón antes de por qué el municipio de Asunción Cacalotepec pertenecía al distrito de Yautepec.

Me comentaron que anteriormente, a finales de la década de los cincuenta, el pistolero del cacique —el señor de Ocotepec, José Isabel Reyes—, el pistolero que se separó del cacique, y se fue a refugiar en el pueblo de Cacalotepec. Pero anterior a eso, el cacique tenía una buena relación con el pueblo de Cacalotepec.

Comentaban los señores que en aquellos tiempos de los 50, antes de que José Isabel se desmarcara del cacique, el pueblo de Cacalotepec tenía una buena relación con el cacique, porque cuando solicitaba el cacique la presencia de la banda de música de Cacalotepec —dirigida por el maestro Rito Rovirosa—, era un ejemplo para el pueblo, para el cacique, y de alguna manera daba el mensaje a los demás pueblos de que tenían que copiar a la banda de música de Cacalotepec. Esa relación de amistad se terminó cuando el cacique se enteró que José Isabel se fue a refugiar en el pueblo de Cacalotepec. A partir de ahí, el cacique le declaró la guerra a Asunción Cacalotepec,

porque antes de esa declaración de por sí había en el pueblo de Cacalotepec un determinado grupo de personas que también tenían la intención de ya no admitir el cacicazgo de Luis Rodríguez.

En aquel tiempo había ya las intenciones de ir formando este frente para que, en un momento dado, ya no cumplir los mandatos de Luis Rodríguez. Había ese grupo, y no nada más era en Cacalotepec, sino que también había personas que tenían las mismas ideas y los mismos pensamientos en otros pueblos como Atitlán, Ocotepec, Alotepec y Quetzaltepec.

Y el problema que le generó a Cacalotepec esta actitud rebelde fue que el cacique se aprovechó de una situación que la cabecera tenía respecto con una de sus agencias. Esa agencia tenía un núcleo de población que se llama San Isidro Huayápam, y San Isidro Huayápam es una población de la misma gente de Cacalotepec; pero ellos, por cuestiones internas, por cuestiones político-administrativas, se separaron de Cacalotepec. Es a partir de 1959 cuando logran la categoría política mediante el apoyo del cacique. San Isidro, en 1966, logró una resolución presidencial cuando las tierras comunales son comunes, afectando así a Cacalotepec. Entonces es una forma que el cacique le brinda el apoyo a San Isidro Huayápam para que se dé ese enfrentamiento entre Cacalotepec y San Isidro Huayápam. Y eso fue un apoyo directo, como una forma de tomar venganza por el hecho de que Cacalotepec recibió, le abrió las puertas a José Isabel, que era el expistolero de Luis Rodríguez.

Eso es lo que comentaban los señores cuando tuvimos la oportunidad de estar de autoridad municipal en 1994; que entré de autoridad municipal, es cuando tuvimos la oportunidad de irnos a los expedientes a hacer una investigación con las personas ya de edad que vivieron esos problemas.

Pero también le quiero comentar que, por lo que he escuchado en esta plática que estamos teniendo, únicamente mencionan a Daniel Martínez y a Luis Rodríguez; pero también había otro cacique en Juquila Mixes, de apellido Espina. Contaban los señores de Cacalotepec de que el pueblo de Cacalotepec un tiempo estuvo dividido; la cabecera municipal estuvo dividida en dos partes: la parte de abajo y la parte de arriba. Cacalotepec está ubicado en un cerro, y hoy la referencia es la carretera que pasa en el centro de la comunidad. La parte de arriba estaba identificada con el cacique Luis Rodríguez, y la parte de abajo identificada con el cacique de Juquila Mixes. Los días viernes, que es el día de mercado en Cacalotepec, llega la venta de alcohol: del tepache, del pulque, del mezcal, del aguardiente de aquellos tiempos. Las personas, los hombres, cuando ya estaban en estado de ebriedad o cuando ya estaban borrachos, significaba que había enfrentamiento tanto de la gente de arriba con la gente de abajo, porque estaban divididos.

Los viernes eran un día de enfrentamiento tanto del cacique de Juquila Mixes como del cacique de Zacatepec; era el enfrentamiento. Se daba ese enfrentamiento los días viernes, y ese tiempo estuvo durando como una década. Después el pueblo tomó la decisión de unirse, de no pertenecer ni de un lado ni del otro lado, porque es un pueblo y, por lo tanto, se tuvieron que conciliar los intereses. De esa manera es como se resolvió ese asunto que se vivió por una década.

No sé exactamente la fecha en la cual el cacique mandó a sitiar el pueblo de Santa María Alotepec, pero el pueblo de Cacalotepec apoyó a Santa María Alotepec para enfrentar a la fuerza policíaca enviada por el cacique; ayudó a defender a los hermanos de Alotepec. Por eso, actualmente, el pueblo de Alotepec todos los años tiene que estar presente con su banda de música en la fiesta de Cacalotepec —en el primer viernes de cuaresma—, y Cacalotepec tiene que corresponder en la fecha del 3 de mayo de cada año. Esa amistad para los viejos de Alotepec es infinita, año con año se tiene que repetir, porque el pueblo de Cacalotepec, junto con Alotepec, enfrentó a los matones del cacique; y quedó esa hermandad para siempre.

También quiero hacer una referencia hoy a cuál es la situación de los 19 municipios mixes. Hoy yo creo que en cada uno de los municipios viven un problema de desintegración; es decir, que en la gobernanza municipal no existe una corresponsabilidad hacia el pueblo, está totalmente distante del pueblo. ¿Por qué? Porque cada municipio recibe un presupuesto de la federación y el Estado es únicamente el repartidor de ese recurso. Cada municipio tiene un derecho financiero, y por tener ese presupuesto, yo creo que no hemos tenido la capacidad para poder administrar de manera honesta, de manera transparente, de manera correcta. No se ha podido lograr eso. Hoy los municipios cada vez están más divididos, están más confrontados porque existe la corrupción. Están muy desintegrados, no hay unidad dentro del territorio municipal.

Hay conflictos, pero hay gentes externas que contribuyen al problema; como por ejemplo las empresas, que llegan y ofrecen el diezmo a las autoridades electas para que les den obras. Y cuando ocurre eso, obviamente muchas veces las empresas dejan obras inconclusas, como en el caso de mi pueblo, Asunción Cacalotepec; los presidentes municipales que han pasado tienen muchas obras inconclusas. Entonces hoy yo creo que la unidad en el territorio mixe está entre comillas, y eso es un problema serio. ¿Cómo podemos generar nuevamente la confianza a nuestras autoridades municipales? No hay, no hay medios. Y entonces yo creo que, si estamos hablando del cacicazgo —que para muchos podemos pensar de que fue malo, porque muchos podemos pen-

sar de que fue bueno—, hoy yo creo que las cosas, aunque no tengamos caciques, finalmente, a lo mejor hoy el cacicazgo se remite de manera municipal, de manera local, y que las cosas están mal en nuestra región. Es importante que se sepa, que se interprete todo esto.

Noel Morales, estudiante universitario de San Cristóbal Chichicaxtepec

Qué tal, buenas noches, *ëts nxëëw* Noel, *Puxjoyëm ëts ntsëë'ny, we'e jep nkajpkëxëm npitsëm, ëts n'ëxpik we'e* Universidad Autonoma Chapingo, j*em ëts jë ntesis tëë ntun. Je'e ëts jënmaa'ny nyëkwenp, ku tsoo, tsoo, ëts jë n'aptë n'oktë, jyimaan jyinmaanëtë, ku jyo'ojknë ëxaa, t'ëxayënetë, n'ojktijkojëmtë* 1925 hasta 1970-80.

Bueno, yo les quería comentar lo que me han contado mis abuelos y mis abuelas de mi comunidad, que es San Cristóbal Chichicaxtepec. Al estar revisando el libro el día de ayer, consideré… Bueno, todos hemos leído el libro. Un personaje que se menciona en una de sus páginas es el maestro Domitilo Pacheco; fue profesor por mucho tiempo en mi comunidad, y de la cual la tradición oral se habla mucho de él.

En el libro se menciona que este profesor era como una especie de aliado, estaba protegido por Luis Rodríguez, y por esta relación a él le daba cierto poder y cierto prestigio para imponerse en las autoridades de la comunidad. Cuentan mis abuelos que ese profesor llegó a la comunidad por ahí de los años… Bueno, le dio clases a toda una generación de abuelos que nacieron en los años de 1925 a 1950. Comentaban que, cuando llegó este profesor, lo que hizo fue que, primero, entre sus condiciones para ejercer era que quería que se le diera una casa y que se le diera una esposa dentro de las muchachas de la comunidad. Y cuentan mis abuelos que este profesor tenía una esposa allá en Villa Alta, comunidad de la cual él es originario.

Comentaban que ese profesor era demasiado exigente. Las autoridades municipales —bueno, es una agencia municipal— no podían hacerle frente, porque este profesor imponía su autoridad, y más que estaba amparado por Luis Rodríguez. En varias ocasiones llegó a fungir como agente municipal. Tenía una panadería, tenía yeguas, y hacía que los alumnos a su cargo trabajasen para él.

Mis abuelos relataban que en muchas ocasiones este maestro les ponía a ensayar bailables, ya sea de la región, a nivel nacional o a nivel estatal, y que se presentaban en las fiestas que organizaba este cacique, Luis Rodríguez. El cacique, maravillado por la desenvoltura de la danza que ejecutaban mis abuelos, decía: "No, pues ¿qué ciudadanos ejemplares tienes?, qué ejemplares son." Pero lo que contaban mis abuelos es que era muy exigente; que a base de golpes, patadas y castigos con vara de durazno, así es como tenía, digamos, casi domados a sus alumnos.

Además, también en algunas de las historias que cuentan mis abuelos se menciona ese pasaje de la construcción de la carretera hacia la Región Mixe. Esta, que desde Mitla se construyó a base de puro jornal, a pala y pico, y a base de dinamita.

En uno de esos relatos mencionan que, en una mañana de esas de trabajo, un paisano abuelo se encontraba tomando el desayuno con su café. Una dieta de esas que no era más que cebolla, tortilla seca como las tlayudas o, si en su caso, a lo mucho un chile. Esa era la dieta de esos tiempos. Y sucedió que cuando le dinamitaron una roca que obstruía la construcción de la carretera, fue que uno de esos trozos de piedra cayó en uno de los paisanos, y el paisano prácticamente quedó lastimado. Lo que hizo este profesor fue que llevó a sus mulas para ir a traer a este paisano. Y este relato corresponde mucho a lo que en varias partes del libro se menciona sobre la construcción de la carretera hacia la Región Mixe y sobre la compra de un auto —el famoso Chevrolet del coronel Daniel Martínez—.

Bueno, a lo que quiero llegar es que considero que mis abuelos tuvieron una etapa muy diferente a diferencia de otros pueblos. Mi comunidad vivió bajo el mando del caciquismo, pero en las historias que he escuchado que relatan mis abuelos y abuelas, de hecho casi no hay tanta mención de la violencia, sino que más bien de estar correspondiendo, ya sea de ir a presentarse en las fiestas de este cacique con la banda de música o en presentación con bailables. En la tradición oral de mi comunidad no se encuentra ahí encerrada en los rasgos de violencia que mencionan aquí los participantes y parte del libro. Aunque es claro decir que hay una montaña que se llama Cerro Blanco, a la cual está pegada mi comunidad, y desde la misma se puede observar de frente al pueblo de Totontepec, y donde también está pegado el pueblo de Metepec; bueno, y está como ¿qué será —en distancia—? el pueblo de Santa María Yacochi dentro del bosque. Si se observan, existen varias excavaciones —trincheras—, y los abuelos comentan que dichas excavaciones eran para realizar emboscadas. En muchas ocasiones recientes se han caído los ganados ahí —vacuno y mular— en esa parte, porque prácticamente estaba para eso; y por la maleza, eso impide a los animales ver este hueco en el suelo.

Y otra cosa que quería comentar era que la realidad que vivió mi pueblo es muy diferente a la realidad que vivieron otros pueblos conforme a la violencia. Y a la pelea de terrenos, se da más con el pueblo vecino, que es Yalalag —que entre los vecinos mixes—. A Yalalag se hace caminando unas dos horas aproximadamente, si es una persona de buena condición. Y con Yalalag sí se tiene mucho registro en el pensar de las personas de pelea de terrenos; que ellos tuvieron mejores medios para ejercer la violencia, para quitarnos tierras. Y además, porque ahí había un buen de caciques que tenían un enorme poderío económico y social.

En ese sentido, yo considero, como lo estoy tratando de decir, que en mi pueblo se vivió de una manera muy diferente el cacicazgo. Yo siento que cada pueblo lo vivió de una manera diferente, o la tradición oral que ha llegado a nuestros días es completamente diferente. Aunque igual yo considero que eso nos sirve para conjuntar ideas de todas partes y podemos tener una información un poco más integral y mucho más concreta. Ahí cabe mencionar que mi pueblo pertenecía al distrito de Villa Alta, no estaba pegado al distrito de Choapam. Y en unos relatos mencionan que cuando alguna persona cometía un crimen o un delito, tenían que llevarse a la persona hasta la comunidad zapoteca de Villa Alta, que queda, me parece, como a un día de camino, porque todavía están trazadas las veredas.

Y con respecto a la actualidad, los problemas que más se han dejado notar es la irrupción de las sectas protestantes, como son los adventistas y los testigos de Jehová. Como que de repente, entre ese choque, se han podido conseguir cosas muy positivas; como por ejemplo, en las fiestas de antes, prácticamente mencionan los abuelos que todos los ingresos que ellos obtenían se dirigían a las fiestas; o sea, que simplemente su día a día o el hecho de estar trabajando era para poder mantener las fiestas. Ellos prácticamente vivían para subsistir a duras penas, y con la llegada del adventismo, pues prácticamente rompe con esa estructura, con esas costumbres.

Y bueno, yo creo que hasta ahora es todo lo que tengo que decir. Le agradezco mucho su atención.

Ladislao Domínguez Clara, Pbro. de Asunción Cacalotepec

Gracias por la invitación. Tal vez sea yo aquí uno de los jóvenes más antiguos. Nací en el año de 1956, cuando estaban meramente las guerras por el cacicazgo desde Zacatepec. Y sí, yo me desarrollé desde la niñez con esas narraciones de lo que le iban aconteciendo a mis padres, mis abuelos, los vecinos, la gente de mayor edad; contaban en forma de breves historias y también lamentaciones por lo acontecido en el pueblo de Cacalotepec, donde yo nací, y también de otros pueblos.

Ya más adelante, de estudiante en la ciudad de Oaxaca y México, tuve la oportunidad de visitar la mayor parte de la Sierra Mixe, desde las zonas altas, media y baja. Casi también escuché las mismas historias junto con otras historias o leyendas, como la leyenda del rey *Kontoy*.

Comparando y escuchando las ideas y las obras de los dos caciques más mencionados en el libro de Íñigo Laviada, digamos, y que fueron enemigos, en cierta forma el de Ayutla y de Zacatepec fueron los más notables. Pero así como otros compañeros han mencionado que sería bueno actualizar el libro, yo opino un poco diferente. Respeto mucho la obra de Íñigo Laviada como expresión de aquel tiempo de su investigación, y como también narrador de hechos muy recientes o inclusive todavía de su tiempo, porque está muy cerca de lo que estaba o había acontecido en la Sierra Mixe.

Yo tuve la oportunidad de estrenar el libro de Íñigo Laviada dos años después de su primera edición, en 1980, por buscar algo de los Mixes en la Proveedora Escolar de la ciudad de Oaxaca. Tuve la oportunidad de encontrar este libro de *Los Caciques de la Sierra*, me lo devoré y se refrescaron todas las narraciones que mis padres, mis abuelos y los vecinos me habían estado narrando constantemente. Y claro, tiene sus vacíos, pero también es un documental importantísimo para mí, que es muy respetable de que se volviera a publicar; yo diría que se publicara tal y cual está, sin modificaciones. En las obras antiguas siempre los nuevos editores tratan de comentarlo amplia-

mente, como vemos los libros editados por Porrúa: hasta más grandes son los comentarios que el mismo libro. Pero yo respeto mucho la obra de Íñigo.

Para mí fue un gran colaborador, un gran, digamos, auxiliar o auxiliador de los mixes al ponerse a investigar. Y como él mismo narra, tuvo que dormir a veces en fríos, en cobijas, en bancas, en pisos, como los mixes dormían. Y también habían otras costumbres de los mixes, que casi no hospedaban a la gente de la ciudad por no saber practicar el español; los pobres extranjeros o extraños tenían que dormir a veces en los mercados públicos, en el pasillo del curato o en el corredor del palacio municipal. También era difícil la comida para ellos: los mixes casi no vendían comida en aquellos tiempos, era difícil porque luego tenían sus costumbres de que estaban en tiempos de su calendario, digamos, de tiempos sagrados o días de consagración o de recordar a los difuntos, y todo eso; muchas veces no vendían nada. Todo eso vivió Íñigo; pero como buen investigador, la verdad es que tuvo la valentía de narrar y publicar su libro en el año de 1978, y yo en dos años lo encontré y lo devoré.

Constantemente lo trato de repasar, y lo he tratado de dar a conocer también a muchos amigos, muchos pueblos, sobre todo mixes, para que lo leyeran. Y constantemente fui perdiendo mis libros al prestarlos; ya no me los regresaban. Yo mismo me olvidaba quién los tenía y los volvía a comprar otra vez, hasta que desaparecieron totalmente los libros físicos y ya no había nada.

Y sí, me comentaron que había algún grupo de los mismos mixes que habían tratado de prohibirlo y/o tal vez de recoger todo. Siempre cualquier grupo, ya sea como lo llamamos hoy conservador, progresista o liberal, tienen apoyo en todas partes también; tienen sus alianzas, sus enlaces. Y en el mismo libro de Íñigo Laviada se refleja lo que eran quejas de uno y otro pueblo, o intentos de demandas de sus muertos.

Cuando Íñigo se entrevistó con colaboradores del estado de Oaxaca, del gobierno —entonces supuestamente revolucionario—, ellos apoyaban al cacique. Lo calificaban como un gran benefactor, como un gran colaborador del gobierno, y que era incapaz de cometer ciertas atrocidades. También hablaban muy bien de don Luis Rodríguez y de sus parientes, de los demás parientes y colaboradores suyos también en el mismo pueblo de Cacalotepec.

Pero es verdad que todo lo que Íñigo juntó —tanto los actos que podemos calificar de atrocidades, de maldades de uno, de varios caciques— también hizo o trató de hacer algunas obras de avance, según él. Y es cierto que, en algunos casos, apoyaba a ciertos maestros porque eran sus amigos, de alguna manera; y otros casos eran sus enemigos, porque no le seguían a él ni le servían. Y ese es el coraje de todos los caciques.

Ahora, aunque se habla no nada más de de los Rodríguez por la fundación del distrito Mixe, recientemente encontré un nuevo libro, una nueva

tesis de la UNAM, de un tal Francisco Ávila Coronel, sobre el cacicazgo de Luis Rodríguez. Ahí desarrolla que realmente el cacicazgo viene practicándose más desde los tiempos de la Colonia.

Es cierto que, cuando llegan los conquistadores, lo que hacen es colonizar, someter, esclavizar a cada pueblo y a cada nación indígena de la antigüedad. Precisamente por eso se fundaron las encomiendas y las haciendas, que eran tremendos caciques adueñándose de grandes extensiones de terrenos de los originarios; y ellos se convertían en nuevos patrones, exigían servicio a los demás habitantes originarios. Y eso fue un caciquismo, un cacicazgo desde los tiempos de la colonia.

Y luego, durante el tiempo de la Colonia, también se trató de organizar tanto las ciudades como los pueblos a través de modelos europeos. Primero, ya sabemos que el rey de España mandaba al virrey en México, y el virrey era todo un cacique grandote. También los mismos religiosos llegaron para explotar, aplicando la misma regla que hacía el papado en Europa con el Santo Imperio papal, Sacro Imperio, exigiendo el 80% de los diezmos de lo que cada uno producía, y nada más se quedaban los pobres trabajadores con su 20%. Lo mismo aplicaron en México.

¿Qué podemos decir? El cacicazgo no es algo nuevo ni algo original en manos de Luis Rodríguez o de los Rodríguez, sino que ya se venía practicando. Y cuando se dice que se va transformando el tiempo en México, se establece el gobierno independiente mexicano a partir de 1824, con la adopción preliminar de, por ejemplo, de la Constitución de los Estados Unidos, con la República Federal. Aunque el nombre es federal, hay mucho caciquismo desde los primeros gobernantes. Sí, según que combatían la explotación hecha por el clero romano en México y por la Santa Inquisición; pero los nuevos gobernantes hacían lo mismo, convirtiéndose en grandes explotadores de los pueblos, sometiéndolos en servicios obligatorios y también en cooperaciones muy altas, de tal manera que el campo mexicano siempre se vio como un campo de explotación, un campo de colonialismo, y los que podían y querían se aprovechaban de los demás. El cacicazgo siempre se dio en cada pueblo.

Había también ricachones, y entre los ricachones también chocaban de uno a otro pueblo; por eso es que se tratan de eliminar entre los ricos y entre los que más podían entender las dos culturas, como dicen que fue el encuentro de dos culturas: Europa y América. Los indígenas existen de manera sencilla, de manera para otros pobres; pero la verdad es que siempre tuvieron de comer, el campo les dio de comer, y más cuando se van fomentando más cultivos con otras plantas que vienen desde Europa o desde Asia, desde África: así llegan las cañas, los plátanos, las naranjas. Y bueno, ya hubo más alimento; pudiéramos decir que si algún indígena no tenía de comer, era por descuido.

Y también el implemento del alcoholismo lo trajo el coloniaje español, para que se atontaran más los aborígenes mexicanos y no tuvieran muchas resistencias de dejarse someter. Es un problema general, diría John Kenneth Turne, el autor de "México bárbaro", que México, y seguramente desde tiempos antiguos también entre los indígenas, se peleaban, tenían a sus caciques; ya tenemos el ejemplo de los tlaxcaltecas en contra de los aztecas, que mejor apoyaron a los invasores españoles. Y bueno, y se dice que los que conquistaron realmente a México fueron los mismos indígenas, y los que pelearon en la Independencia fueron los mismos hijos de españoles, los criollos.

Así es que los ataques siempre se dan de unos a otros individuos y de unos a otros pueblos. Y ahorita estamos escuchando lo mismo entre Rusia y Ucrania, entre Israel y palestinos. Realmente el interés material, el interés económico, el interés de poseer más más allá de lo que tengo, es una especie de enfermedad: la codicia, la avaricia, la ambición. Y no nos importa qué materiales usemos para eliminar a otros, o al menos de quitarle sus privilegios, con tal de que unos o nosotros seamos prosperados; es el espíritu humano, diríamos por un lado, de inmadurez.

También por aquí vale la pena internacionalizarnos. He aprendido mucho de otras lecturas de buenos escritores, como Tomás Hobbes, de Inglaterra, con su "Leviatán", y por la República —de Platón—, en donde hace un estudio tremendo, profundo, de las sagradas escrituras, de la Biblia; en donde también recomienda que nosotros, los humanos, tenemos pasiones muy bajas: precisamente la envidia, los celos, el enojo, y bajo esas pasiones actuamos y no nos dejamos ni organizar ni desarrollarnos. Pero sí nos conviene una república en lugar de un cacique grande, que son los reyes o emperadores, y a su antojo, sin leyes. Se empezó a recomendar algo de lo bueno para su propio pueblo inglés, y como él muchos otros autores en favor de la democracia, en favor del pueblo. Pero eso es difícil de aprender y de ejercer realmente.

Y por eso considero la obra de Íñigo como muy importante, que se conserve, que se publique. Al menos tenemos en el formato PDF ahora, aunque no en libro físico, y eso es buen material. Ojalá no desaparezca. Recomiendo a los chicos, a los jóvenes, a los niños, que lo vayan leyendo como producto de aquel tiempo, independientemente de que se siga investigando y también recolectando lo que hoy vivimos, lo que hoy nos sucede.

Es cierto que el espíritu de cacicazgo está en todos los pueblos y la corrupción nunca va a pactar. No todos somos iguales, es verdad: hay presidentes, hay cabildos muy honestos, muy honrosos, y que hacen buenos trabajos en su periodo; y hay de los que casi no hacen nada y siempre están tomando todos los días su mezcalito de más. Y de los fondos que reparte el gobierno federal, es cierto que es algo abundante, pero muchas veces se desvían. Y

por ahí todavía sigue también el cacicazgo del clero de fuera, de España, de Roma, y que llega a exigir altos costos por las misas, por las fiestas, por los bautismos.

Y gran parte del presupuesto para los ayuntamientos se van en las fiestas, pagando por un conjunto musical que venga de lejos, que 400-500 mil pesos, ahí se va. Bueno, como ya está en libertad el ayuntamiento, piensa que en eso debe gastar; y mejor no componen ni las carreteras ni sus escuelas, a veces ni sus templos y sus iglesias. No hay obras de beneficio colectivo, digamos, y menos de preocuparse por las viviendas de los habitantes. Ahí necesitamos todavía combatir más el cacicazgo y la corrupción.

Yo creo que es todo lo que puedo decir por lo pronto, y gracias por la invitación. Me gusta mucho estar con ustedes y estamos al pie del cañón.

Nayuujk.
Territorio *Ayuujk*, Oaxaca, México.
Se terminó de editar esta obra en septiembre de 2026.
Edición digital, tipografía Garamond, 10 puntos.